



150 meses de formación



Índice

Este número	3
Especial 150	5
Retiro	11
Formación	18
Comunicación	26
Vida salesiana	33
Pastoral Juvenil	38
La Solana	42
Familia	51
Apúntate a lo nuevo	59
Lectio divina	63
El Anaquel	70
La levedad de los días	73
150 portadas	74

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000

Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Samuel Segura, Juan José Bartolomé, Cándido Orduna, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

► Este número

150 meses de formación

Mateo González Alonso



Con este número, nuestra revista para la formación continua forum.com llega a su número 150. Desde su fundación en el año 2000 se ha ido reinventando hasta llegar a esta tercera época, hasta comenzar este nuevo curso de vida tratando de recoger propuestas para el retiro comunitario, para la actualización en temas de espiritualidad o de teología, para reflexionar sobre algunas cuestiones propias de nuestro carisma o de la pastoral juvenil, para aprender a envejecer, para rezar y contemplar la Biblia a través de la *Lectio Divina*...

Aunque han variado algo las secciones y las diversas colaboraciones se han ido sucediendo, el espíritu inicial se ha mantenido intacto: ser un subsidio inspirador para tantas oportunidades de formación continua que se ofrecen en las comunidades salesianas. Para llevar adelante este objetivo contamos con los colaboradores que nos ofrecen algunos textos inéditos y de la selección de algunas propuestas que nos ofrecen tantas publicaciones de las que existen por el mundo –ya sea en papel o a través de los múltiples canales digitales–.

En esta ocasión y antes de pasar a las propuestas que compondrán la estructura habitual de este curso que iniciamos, abrimos este número ‘redondo’ con algunas afectuosas palabras de saludo que tratan de alentarnos en el reto personal y comunitario de estimular nuestra actitud continua de formación, como respuesta a nuestra vocación y a nuestra misión. Estos saludos introductorios no buscan satisfacer la autoreferencialidad para quienes forman parte de esta propuesta, sino que tratan de ser estímulo sencillo y directo para los que se acercan a sus páginas con el sincero deseo de ilusionar su mente y corazón salesianos.

Así, abrimos esta publicación especial con las palabras de felicitación de nuestro inspector, **Juan Carlos Pérez Godoy**; del vicario y delegado inspectorial de formación, **Samuel Segura**; y del que fuera el primer director e impulsor de **forum.com** durante las dos épocas precedentes de la publicación, **José Luis Guzón**. Sus palabras son aliento para mantener este subsidio y nos recuerdan, una vez más, la necesidad de la formación continua como respuesta a la vocación salesiana y a las necesidades de los jóvenes de hoy en día.

Y no faltan un año más las secciones habituales, siempre con alguna novedad y mejora. La delegación de formación nos ofrece el “**Retiro**”, prosiguen los apartados de “**Formación**”, “**Pastoral juvenil**”, “**Comunicación**”, “**Familia**” o “**La solana**”, dedicada a la vivencia de la vida consagrada desde la ancianidad o la enfermedad. El **Congreso internacional salesiano de pastoral juvenil y familia** que se celebrará en nuestra inspectoría o la preparación del **Sínodo 2018** dedicado a los jóvenes y al discernimiento vocacional marcarán profundamente el contenido de algunas de estas secciones fijas.

Además de los contenidos clásicos, la revista también da algunos pasos de renovación. La novedad más importante es que ofrecemos una nueva sección llamada “**Apúntate a lo nuevo**”. En ella, el salesiano Cándido Orduna, Delegado Nacional de Formación y director de la comunidad de los estudiantes de Teología, nos ofrecerá una visión ilusionante y renovada de la vida consagrada de nuestros días con sugerentes argumentos, como comprobaremos desde la introducción que ofrecemos en este número. Sin duda alentará nuestra vida espiritual y nuestra formación permanente.

Continuamos, además, con más secciones inéditas de nuestra revista. Juan José Bartolomé nos ofrecerá a lo largo de este curso una serie “**Lectio Divina**” con la mirada puesta, en este nuevo curso, en el próximo Sínodo sobre los jóvenes y la pastoral vocacional. En este número nos ofrece una introducción que abraza un primer bloque de cinco Lectios, la primera de ellas también en este ejemplar.

Tampoco faltan las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey ni las sugerentes anotaciones de la vida cotidiana de Isidro Lozano en la sección de cierre de la “**Levedad de los días**”. Y no podemos olvidar esa sección abierta que es el “**Anaqueel**”. Abierta a la actualidad, abierta a nuevos temas, abiertas a las colaboraciones de los lectores, abierta a vuestras propuestas... El correo electrónico **forum@salesianos.es** está siempre disponible para vosotros. ¡Felicidades por estos 150 números compartidos! Estamos preparando a fondo el 151.



Especial 150

150 números de *forum.com*

*Juan Carlos Pérez Godoy,
Inspector Santiago el Mayor*

Papeles de
formación continua

Celebro estos 150 números de *forum.com* y agradezco la iniciativa a quienes tuvieron la feliz idea de iniciarla, a quienes la han seguido manteniendo con constancia en el tiempo, a quienes colaboran en ella y a quienes hoy siguen haciendo realidad este proyecto.

Iniciar algo no resulta nunca fácil, pero mantenerlo fielmente es mucho más arduo: ¡Enhorabuena!

Nuestro Rector Mayor no deja de expresar en sus diferentes intervenciones, especialmente cuando se reúne con los inspectores, consejos y responsables de la formación –así lo hizo en la reunión de inspectores de Europa y ahora, de nuevo, en la visita de conjunto de nuestra Región Mediterránea– que la primera prioridad de la Congregación Salesiana en estos momentos es la Formación.

forum.com no resuelve este desafío formativo que hoy tenemos, tanto desde el punto de vista de la formación inicial, de la formación permanente o continua y de la formación conjunta con los segares; pero es una iniciativa que colabora y crea conciencia de esta urgencia, al mismo tiempo que contribuye de manera sencilla, pero eficaz, a ofrecer contenidos y experiencias que nos ayudan en nuestra formación.

forum.com

Por ello celebro y agradezco que continúe viva y siga llegando puntualmente a nuestras casas y a cada uno de los hermanos.

A veces no tenemos facilidad para encontrar una revista o un libro, o ir a una librería o a una biblioteca, o buscar en internet... Pero **forum.com** no tengo que buscarlo, viene a mí, a cada uno, siempre con una buena selección y con criterio salesiano. Basta acogerlo.

¡Qué fácil nos lo pone! Pues... ¡hay que aprovecharlo!

¡Enhorabuena! ¡Felicidades! y ¡MUCHAS GRACIAS!



Especial 150

Emergencia formativa

Samuel Segura,

Vicario y Delegado de Formación

Papeles de
formación continua

T

odos conocemos la expresión que hace unos años acuñó el papa Benedicto XVI al hablar de la importancia de la educación. Nos decía el Papa emérito que estamos en una situación de “emergencia educativa”. Ciertamente que es así, y que la situación no ha cambiado demasiado a mejor desde que lo dijo.

Quiero presentar este número 150 de nuestra revista digital de Formación Permanente **forum.com** con este título paralelo y ‘plagiado’: estamos en una situación de “emergencia formativa”. Este aniversario de **forum.com** es *una buena ocasión, qué digo yo, es la mejor ocasión* para recordarnos que debemos tomarnos muy en serio el tema de la formación, el tema de nuestra formación continua.

No se trata de mirar al que está a nuestro lado, pensando en que tiene que aplicarse el cuento. Más bien se trata de mirarnos cada uno de nosotros y analizar qué lugar ocupa en nuestra vida la formación continua en tiempos, modos, recursos, actuaciones. Más aún, en qué medida la vida de cada día la vivimos en actitud de formación continua. Todo lo que vemos, vivimos, todo lo que nos sucede, es ocasión de formación cuando lo vivamos con una actitud atenta, crítica, reflexiva.

La revista **forum.com**, ya en su número 150, quiere seguir siendo un recurso útil, un instrumento válido de formación y de creación de esa conciencia formativa en cada uno de nosotros. Pero no podemos ignorar una realidad clara:

forum.com

aunque en formato digital, nuestro forum.com requiere recuperar una habilidad cada vez menos ejercitada, por desgracia, también en muchos de nosotros: *ileer!* Y leer algo más que un titular, un mensaje de WhatsApp o un “pantallazo” de página web. Normalmente nos cuesta ir más allá del formato noticia con el que hoy día accedemos a la realidad que nos rodea. Necesitamos recuperar la disciplina, un poco perdida, de leer de forma continuada, con atención y cariño artículos que ocupan varias páginas, que desarrollan un argumento rico en datos y reflexiones. No nos duelen prendas ver semanalmente el partido de fútbol de nuestro equipo preferido. Sí que nos cuesta emplear un tiempo equivalente, incluso menor, para leer completo un artículo formativo de fondo de varias páginas. Cualquier artículo de la revista forum.com, por ejemplo.

Que este aniversario que celebramos sea para cada uno de nosotros una ocasión para que recordemos la *emergencia formativa* en la que vivimos. Y para que recuperemos, si lo hemos perdido, el hábito de la lectura, también de la revista forum.com, como un instrumento válido para saber así leer la propia vida y la realidad que nos rodea como una ocasión de formación continua.



Especial 150

Una publicación millennial

José Luis Guzón,

primer director de forum.com

Papeles de
formación continua

En el año 2000, al hacerme cargo de la Delegación de Formación y Comunicación Social, por orden del inspector de entonces, D. Ángel Fernández Artime, quise poner en marcha, con el beneplácito del Consejo Inspectorial, un instrumento de comunicación al servicio de las dos delegaciones que me tocaba animar. Un instrumento que unificara envíos, donde hubiera la posibilidad de incluir artículos leídos y reflexiones, reseñas, etc., que nos pudieran servir a todos en nuestra tarea educativo-evangelizadora. En el fondo de la idea estaba el hecho de que la revista *Ventall* que había ocupado ese espacio durante algunos años, realizada por la Inspectoría de Barcelona, se había dejado de publicar. Después se pondría en marcha una edición digital.

El nombre de “forum.com” responde a dos hechos concretos. De un lado su configuración abierta, como decía en la primera editorial, de ahí el nombre de “[forum](http://forum.com)” (foro, plaza pública, lugar de encuentro): “También nacen con una configuración abierta, no determinada. *Forumpuntocom* puede llegar a ser lo que desde las comunidades se quiera que sea. En este sentido os brindamos la palabra para que colaboréis, enviéis artículos que puedan ser de interés para los hermanos, nos hagáis llegar las impresiones que producen estas páginas, etc.”

Por otro lado, “.com”. En pleno apogeo de la informática el punto.com ofrece un nuevo rostro y una nueva acepción a la primera parte. Así se conforma el nuevo concepto de

forum.com

foro que existe hoy en el mundo telemático e informático: un espacio de discusión sincrónico no virtual, pero con la idea de ir enriqueciéndose con el tiempo y alcanzar también algún día este mundo de lo virtual.

A mí me alegra enormemente que siga en pie después de diecisiete años (iparece que fue ayer!, casi veinte años) y que hayamos llegado al número 150. Esta alegría quiero compartirla con sentimientos de gratitud hacia Segundo Cousido y Mateo González, quienes han ido retomando la tarea estrechamente conmigo, y a los muchos colaboradores que tuve a lo largo del tiempo que lo animé y dirigí.

Ahora la revista está dirigida por Mateo González, *millenial* también él, por tanto persona con gran capacidad de adaptarse a los cambios, quien le ha dado un notable impulso. Estamos en buenas manos. Con sentimientos de continuidad y siempre de superación, enhorabuena, y ¡adelante!

*Durante este curso la contraportada de **forum.com** recogerá algunas de las 150 portadas de los números publicados. El primer número vio la luz en León, el 9 de octubre del año 2000. La revista tenía 21 páginas. El primer retiro fue escrito por **Mauricio Paniagua**. Un artículo de formación invitaba a vivir con intensidad el milenio que acaba de comenzar, siguiendo las indicaciones del papa **Juan Pablo II**. En su introducción como director de la publicación, **José Luis Guzón**, señalaba que “**forum.com** es un instrumento que va dirigido, como diría el poeta, a la ‘inmensa minoría’”.*

El ecosistema comunitario

Reflexiones de José Cristo Rey García Paredes

Motivación

Cada nuevo comienzo de curso, supone una reconstitución de las comunidades religiosas y educativo-pastorales. Se recomienzan las actividades, se programa la vida religiosa y comunitaria, quizá se cuenta con algún hermano de más o de menos fruto del voto de obediencia, hay que recomenzar toda la labor educativo-pastoral de la obra que se anima...

Ahora bien, cuando se reconstituye una comunidad religiosa al comienzo de curso, ¿en qué se piensa? ¿En el *cómo*, en el *para qué*, o en el *por qué*? ¿En el *cómo* nos vamos a organizar para garantizar los espacios de cada quien dentro de la estructura mínima de convivencia? ¿En el *para qué* formamos comunidad, pensando en la tarea común que tenemos que afrontar? Pero... ¿pensamos y repensamos cada comienzo de curso seriamente en la tercera pregunta? ¿Nos preguntamos *por qué* nos juntamos para vivir en comunidad? ¿Simplemente porque es una exigencia de la vida religiosa que hemos profesado? ¿Simplemente para ser más eficaces en la labor que desarrollamos? ¿Simplemente para llenar el vacío de la soledad existencial en compañía de otros? Y sin embargo, es en el *porqué* donde nos lo jugamos todo. Los motivos anteriores son parciales, insuficientes para justificar la vida en comunidad.

La respuesta al *porqué* no es otra que "*porque sí*": la comunidad religiosa tiene su razón de ser en sí misma. Tiene su valor desde el valor infinito, inmenso, que tienen cada una de las personas que la forman. Tiene su primado sobre cualquier otra consideración, como imagen de la Trinidad, desde una perspectiva teológico-existencial.

Al comienzo de este nuevo curso, y además de meternos en la vorágine de las programaciones, el reparto de las tareas, la disciplina de los horarios,... merece la pena detenernos en este microuniverso, en este *ecosistema* que es la comunidad religiosa. Merece la pena profundizar el sentido de pertenencia de cada uno de nosotros a ella. Merece la pena reflexionar, rezar y disfrutar la realidad de ser y estar juntos.

En este primer retiro del curso, que compartimos con más comunidades salesianas además de la propia, queremos detenernos en el *porqué* de nuestra vida de

comunidad. Y hacerlo delante de Dios, que nos ha llamado a vivir en comunidad dándonos hermanos a quienes amar.

Y para ello nos pueden ayudar unas reflexiones, en forma de ocho puntos, de José Cristo Rey García Paredes. Nos invitan, más allá de los estribillos de la vida comunitaria salesiana que normalmente manejamos, a analizar este ecosistema humano que es una comunidad religiosa, desde la lógica de un Dios Trinidad.

1.- El porqué del ecosistema comunitario.

La imagen del *ecosistema humano* es muy sugerente a la hora de hablar de la comunidad. El término nos viene del estudio de la naturaleza y la relación entre seres vivos y medio ambiente en un entorno determinado. Un ecosistema natural es un ámbito de la naturaleza en el que existe un *equilibrio* entre las diversas partes que lo forman, y que se mantiene en tanto cada parte juega su papel y las circunstancias exteriores al mismo no son lo suficientemente agresivas como para romperlo. En la actualidad, se habla continuamente de cambios significativos en los ecosistemas naturales (clima, desaparición de especies de seres vivos, contaminación,...) Muchos de esos cambios amenazan seriamente las condiciones más favorables en las que pueden subsistir los seres humanos.

La comunidad religiosa puede ser considerada un ecosistema humano en cuanto que está formado por un grupo de personas que, en un contexto social llamado comunidad religiosa y obra educativo-pastoral, desarrollan unas relaciones de supervivencia, con unas leyes determinadas y unas tareas que dan sentido a dicho ecosistema. Cualquier variación significativa en alguno de los miembros o en el ambiente generado, favorece o amenaza dicho equilibrio. En casos extremos, puede desfigurar o hacer cambiar de naturaleza dicho ecosistema. Y por tanto, poner en peligro la supervivencia en el futuro de dicha comunidad y de la vida religiosa en su conjunto.

Más allá de la imagen usada, tenemos que hacer una lectura desde la fe, y hablar del plan de Dios para la vida religiosa, para las comunidades. De aquellas realidades que favorecen la voluntad de Dios y de aquellas que la ignoran o ponen en peligro su realización. En los siguientes puntos, se analizan algunas condiciones que responden al porqué de la vida en comunidad, y que de vivirse, garantizan la fidelidad y felicidad de sus miembros, y la *pervivencia de la especie* que hemos denominado *ecosistema comunitario*. En cada uno de los siguientes elementos nos preguntamos: ¿Por qué nos juntamos en este ecosistema de la vida de comunidad? ¿Por qué en comunidad?

1.1- En Comunidad porque es Identidad.

Nuestro planeta es el *hábitat* de millones y millones de comunidades. Allí donde los seres humanos vamos, allí creamos comunidades. Las comunidades nos dan identidad, nos definen: mi tribu, mi familia, mi ciudad, mi trabajo, el club al que

pertenezco, mi escuela, mi iglesia, mi templo... mi comunidad “on line”. Hay además comunidades de seres vivientes. La ecología nos habla de “biocenosis” –comunidades de vivientes- y de “biotopos” – lugares donde están los vivientes-.

El campo semántico de esta palabra se extiende en nuestro tiempo para aplicarla con muchísima frecuencia al mundo de los negocios, de la política, de la universidad, del arte, de las nuevas tecnologías... También, ¿por qué no?, a la comunidad religiosa.

Cabe preguntarse si siento de verdad mi comunidad como ese ámbito que me pertenece y al que pertenezco y que es el medio en el que desenvuelvo y desarrollo, como persona y como religioso, mi vida y mi vocación.

1.2.- En Comunidad porque es Felicidad.

En la vida consagrada vivimos ordinariamente en comunidad. Pero eso no quita que los niveles de satisfacción por parte de quienes las formamos no sea ordinariamente muy elevado. A pesar de la extraordinaria resistencia de esta institución a lo largo del tiempo, sin embargo, el grado de disfrute y de pertenencia no es demasiado alto. Se le atribuye a san Juan Berchmans (1599-1621) aquella frase “*mea maxima poenitentia vita communis*” (mi máxima penitencia es la vida común).

Y sin embargo, el Salmo 133 canta la belleza y la felicidad de vivir en comunidad de hermanos, y estamos llamados a descubrir el camino y el método para constituirla como espacio de pertenencia, maduración personal, inspiración, compromiso y gozo.

Cabe preguntarse: ¿Llevo mi vida de comunidad como una penitencia, como un tributo que hay que pagar para sobrevivir como ser vivo y para sentirme útil en la tarea pastoral, o es fuente de felicidad y estabilidad? ¿Y qué apporto yo para hacer felices a los hermanos que tengo alrededor?

1.3.- En Comunidad porque es profecía de Comunión

Partamos de un dato real: ¡es difícil vivir en comunidad! Lo nuestro es una profecía exagerada de comunión. Es comprensible que no siempre lo consigamos. Nuestras comunidades agrupan a personas que no se han elegido, que son muy diferentes en su personalidad, hábitos, sentimientos, puntos de vista.

Por otra parte, quienes las lideran, improvisan a veces su liderazgo. No tienen hoja de ruta: no reflexionan sobre el “de dónde viene” y “hacia dónde se dirige” el grupo comunitario. Más que líderes parecen agentes de tráfico que intentan regular la circulación y evitar atascos o colisiones de vehículos que siguen rutas diversas. Y con todo, están haciendo lo que pueden para aprender el arte de vivir en comunidad y de servirla incondicionalmente.

Ser comunidad y vivir en comunidad es gracia y arte. Es un don, que sólo se aprecia cuando se cultiva y se está dispuesto a dejarse penetrar y transformar. Ser comunidad en comunión es peregrinar hacia una nueva tierra, pero con otros. Y es en la meta vislumbrada donde se descubre el encanto del camino.

Cabe preguntarse en qué medida me empeño en crear comunión con los demás, en estrechar lazos con lo que nos une más que con lo que nos diferencia, en apuntar hacia la meta común más que a mis puntos particulares de vista e intereses.

1.4.- En Comunidad porque es Unión en el Carisma

Para ser comunidad se necesita una fuerza aglutinante. Y esta fuerza no es otra cosa que un *ethos* compartido. Es decir, una causa ética por la que merece la pena entregarse, compartir con otros, apasionarse, convertirla en tarea y misión de la propia vida. El *ethos* compartido produce entusiasmo, afecta interiormente y aglutina.

Hay comunidad allí donde existe un *ethos* que congrega. En la vida consagrada denominamos *carisma* a este *ethos* aglutinante. El carisma colectivo es reconocido como un don del Espíritu que hemos heredado y que ahora se despliega y expande entre nosotros. Entendemos que el carisma no es solamente una tarea a realizar (atención a los pobres, o tareas educativas o sanitarias), sino, ante todo, una forma de sentir a nuestro Dios y sentirnos ante Él: en unos casos es el Dios-Misericordia, Compasión, en otros el Dios-Palabra y Buena Noticia, en otros el Dios-liberador.... Es una experiencia de Dios compartida que nos hace comunidad a su imagen y semejanza, dentro de la limitación de la experiencia carismática.

Esa peculiar forma de sentirse ante Dios que constituye el *ethos carismático*, nos sitúa en un peculiar espacio eclesial y social. El espacio social y eclesial de unas comunidades es el de la marginación, el de la educación o la sanidad de otras, en el de la evangelización explícita el de otras, el de la contemplación el de otras, etc.

Hay comunidades que tienen como objetivo compartir su visión, sus ideas, sus creencias, su espiritualidad. El *ethos* compartido genera comunidades extendidas, en salida, en su vivencia y acción transformadora. Todo auténtico carisma contiene un elemento mágico no fácilmente descriptible que enamora, asombra, polariza, que hace soñar y moviliza para que los sueños se hagan realidad.

Lo que se expande y contagia no es una teoría sobre el carisma, sino su magia misteriosa, que apasiona, que contagia, hecha vivencia comunitaria. Lo que constituye una comunidad no es el trabajo que realiza, sino aquello que la aglutina mágicamente para que sus miembros caminen juntos, codo con codo, hacia una meta común.

Cabe preguntarse si mi vivencia personal del carisma salesiano la expreso y comparto en comunidad, y si mi testimonio como salesiano es un testimonio comunitario y no una aventura personal. ¿En qué medida vivo la labor que desarrollo como enviado por mi comunidad, propietaria del carisma que comparto?

1.5.- En Comunidad porque es Proyecto compartido

La comunidad reúne a personas libres, autónomas. Por eso, es una realidad sumamente compleja e imprevisible. No se pueden esperar de ella resultados ciertos. La ciencia de la comunidad no da como resultado el “tiene que ser así”, sino el “podría ser así”. El lenguaje del arte comunitario no genera certidumbres, sino el misterioso resultado de una interacción de libertades. En cambio, a veces nos empeñamos en que el lenguaje de la programación ha de ser exacto, preciso, riguroso... e igual para todos.

Una comunidad no puede ser el resultado de un programa impuesto, sino de un deseo o querer compartido. Una comunidad nace del creer todos en lo mismo y no de la realización de un trabajo recompensado. “Martin Luther King Jr. hizo su discurso basándose en la afirmación: “¡Tengo un sueño!”, y no sobre “Tengo un programa”. Los miembros de la comunidad deben poder realizar sus sueños, cumplir sus mejores ambiciones, pero, sobre todo, tener un sueño colectivo que realizar.

Cabe preguntarse entonces si mis intereses y sueños particulares los ajusto e integro en el sueño colectivo de mi comunidad, aunque ello suponga limitar o modificar mis propios planteamientos. En qué medida me esfuerzo por compartir el sueño colectivo de mi comunidad aunque no coincida con mis aspiraciones.

1.6.- En Comunidad porque es sentido de Pertenencia.

¿Qué es lo que hace que un joven quiera integrarse en una comunidad carismática, en una congregación y que se una a personas que nunca ha conocido? ¡Las interacciones que hay dentro de él y los sentimientos de pertenencia que se van anudando! Cuando no hay pertenencia, no hay comunidad. No se pertenece a un grupo humano por un acto voluntarístico. La pertenencia nace de una alianza mutua entre todos. Nadie se siente dueño. Todos se sienten co-propietarios. Todos participan de los beneficios. Todos se comprometen en las cargas.

El sentido de pertenencia es la recompensa a una fuerte relación de co-propiedad carismática. En cambio, cuando algunos se apoderan del carisma, roban a los demás la pertenencia y los vuelven personas sometidas, ajenas al patrimonio común. El sentido de pertenencia es como un río que fluye. Nunca se detiene. Lo que mueve el río es la comunicación, la información, la transparencia. Mueve el río de la pertenencia el compartir historias, relatos, mitos. La pertenencia requiere confianza. Cuando la confianza se pierde, las palabras y las promesas no tienen ya sentido.

Cabe preguntarse en qué medida alimento el sentido de pertenencia a mi comunidad y favorezco un ambiente de cordialidad y unas relaciones de amistad que hacen atrayente mi vida y la del grupo humano al que pertenezco a todos aquellos que me conocen o visitan mi comunidad, especialmente los jóvenes.

1.7.- En Comunidad porque es trabajo en Equipos.

Estructurar una comunidad es una de las tareas primordiales para descubrir aquello de lo que una comunidad es capaz. ¿Y cómo estructurarla? ¡En equipos! ¡Haciendo de la división la oportunidad para la mutua colaboración! Un equipo es una unidad competente para realizar algo. Por ejemplo, unas personas pueden ser un equipo de oración y súplica; otras personas pueden formar un equipo de hospitalidad y acogida; otras forman un equipo educativo, o sanitario o de evangelización. Como unidad de competencia un equipo es parte de una comunidad más amplia que persigue una finalidad conjunta. Los equipos han de conjuntarse como las piezas de un puzzle: para ello necesitan comunicación de ideas, compartir relatos, influencia mutua.

No es lo mismo un equipo que un grupo de “amigos o amigas”, que un *lobby* de poder y presión. Esos sí que son una amenaza para la comunidad. Mientras que los equipos favorecen la transparencia comunitaria, los grupos y *lobbies* funcionan desde la opacidad y el rumoreo. Si la comunidad se constituye como un grupo de personas apiñadas en torno a un Proyecto compartido, los equipos son subgrupos que lo hacen de una manera específica. Los equipos son esenciales a la hora de construir una comunidad. A través de ellos se comprende cómo es la comunidad. Así se construyen bloques de pertenencia. Los equipos son unidades de pertenencia.

El flujo de información o comunicación entre grupos es complejo y difícil. Es importante que los grupos se comuniquen desde el corazón del carisma, desde el *ethos* compartido. Es importante que todos sientan que contribuyen a la realización del sueño carismático. Y que se cree un clima de confianza y adecuado para que la comunidad pueda desarrollarse.

“Ponerse juntos es un comienzo. Mantenerse juntos es progreso. Trabajar juntos es éxito” (Henry Ford).

Cabe preguntarse entonces por la propia aportación a la vida y tareas de la comunidad: ¿en qué equipos participo? ¿Qué apporto de mi tiempo y habilidades para el funcionamiento ordinario de mi comunidad? ¿Vivo en la práctica ese eslogan de que “en comunidad no muestres tu habilidad”?

1.8.- En Comunidad porque es Misión Compartida.

El Dios que se nos revela como Trinidad no es sólo comunidad, es Misión. La comunidad trinitaria se nos revela como comunidad en misión. Comunidades a imagen de la Trinidad, llevan la misión incrustada como su quintaesencia. En la reflexión teológica sobre la misión se dice y con toda razón que es la “*Missio Dei*” la que configura la Iglesia y la comunidad.

Se constituye de verdad una comunidad, o una comunidad de comunidades (una Provincia religiosa), cuando se es capaz de expresar su misión (declaración de misión!) y de qué manera todas las comunidades, equipos y miembros se integran dentro de ella.

Una comunidad religiosa sabe que ella no es la dueña de la misión, sino que está llamada a colaborar en la “*missio Dei*”, a convertirse en cómplice de la Misión del Espíritu Santo. Y esto no se reduce a una declaración genérica y abstracta. Se vuelve algo muy concreto en una serie de campos, destinatarios, proyectos, servicios, que distinguen a esa comunidad dentro de la Iglesia y de la misión evangelizadora general. De tal manera que quien tenga acceso a esa misión, debería enseguida entender cuál es la razón de ser y los objetivos de esa comunidad. Sus miembros deberán sentirse inspirados y estimulados por ella y focalizados en ella.

Cabe preguntarse por tanto en qué medida me siento partícipe de la misión de mi comunidad, dentro de la misión de la Inspectoría y de la Iglesia. ¿Cuál es mi aportación a la misión común encomendada a mi comunidad? ¿En qué podría y debería aportar más? ¿Vivo mis actividades educativas y pastorales como auténtica Misión, o como tareas que justifican no comer de balde el pan de cada día?

2.- Salvar el ecosistema comunitario

Hoy día resulta muy familiar y compartido el lenguaje de los ecosistemas naturales, su funcionamiento, estabilidad, conservación, futuro. Y las medidas ecológicas a aplicar para preservarlos en su identidad frente a las amenazas del sistema o de otros ecosistemas exteriores a él. Quizá es paradigmático que nos preocupen más dichos ecosistemas naturales que los humanos, en los que frecuentemente se está jugando la supervivencia de millones de personas.

Hablar de la comunidad religiosa como un ecosistema humano, no es algo banal o un lenguaje de última generación. Nuestras comunidades salesianas son pequeños ecosistemas humanos que se degradan irremediablemente cuando pierden identidad, felicidad, comunión, unión carismática, proyecto compartido, sentido de pertenencia, corresponsabilidad en el trabajo en equipo, y cuando dejan de ser Misión en acto.

Al comenzar el nuevo curso, y al igual que puede ser necesario regar, abonar, iluminar, conservar, un ecosistema natural... es importante que cada uno de nosotros, miembros de ese ecosistema llamado “Comunidad Salesiana de la Casa X”, aportemos un poco más, pensemos más en global y no en personal. Y construyamos un ecosistema humano, una comunidad, sostenible y fecunda, al servicio del Reino de Dios, para el que Él mismo la creó reuniéndonos, dándonos “hermanos a quienes amar”.

Formación

Hace 50 años hubo un concilio¹

Víctor Codina

Lo que algún analista ha llamado «el misterio Roncalli», se puede en parte esclarecer recordando la biografía del futuro Juan XXIII.

1. Hubo un hombre enviado por Dios, llamado Juan

Angelo Giuseppe Roncalli, nacido en 1881 en el pueblito italiano de Sotto il Monte, de familia campesina, pobre y muy cristiana, nunca se avergonzó de sus raíces y siempre conservó la sencillez y sabiduría del campo. Estudió historia de la Iglesia, especialmente las épocas de Gregorio Magno y de Carlos Borromeo, el reformador tridentino de Milán, lo cual le ayudó a tener una visión histórica y dinámica de la Iglesia. En la Primera Guerra Mundial actuó como capellán atendiendo a los soldados heridos que se recuperaban en el hospital militar. Fue secretario del progresista obispo de Bérgamo Radini Tedeschi y tras unos años de docencia en el seminario de Bérgamo, fue injustamente acusado de modernismo, hecho que le hizo comprender luego la situación de los teólogos expulsados de sus cátedras por Pío XII.

Nombrado delegado apostólico en Bulgaria y más adelante en Turquía y Grecia, naciones de tradición cristiana ortodoxa, vivió y sufrió la tragedia de la división de la Iglesia y valoró la importancia del ecumenismo: él subrayará más lo que une que lo que divide. Durante la Segunda Guerra Mundial ayudó a la evacuación de la población judía perseguida y a las familias de los prisioneros de guerra. Su posterior estada como nuncio en París (1944-1952) le abrió a la modernidad: eran los años de Teilhard de Chardin, de los sacerdotes obreros, de la renovación teológica francesa (la *nouvelle théologie*) y de los desafíos pastorales sobre «Francia país de misión». Finalmente, unos años de arzobispo en Venecia (1953-1958) le hicieron comprender lo difícil que era proclamar el evangelio en la sociedad moderna.

2 ¿Un Papa de transición?

El Papa buscaba el *aggiornamento* de la Iglesia, palabra típica roncalliana que significaba la puesta al día de la Iglesia, diálogo con el mundo moderno, inculturación en las nuevas culturas, vuelta a las fuentes vivas de la Tradición cristiana, renovación

¹ Extracto del Cuaderno CJ 182.

doctrinal y pastoral, un salto hacia delante, incrementar la fe, renovar las costumbres del pueblo cristiano, poner al día la disciplina eclesiástica. Como el Papa le expresó a un obispo africano, se trataba de abrir la ventana para que un aire nuevo entrase en la Iglesia y sacudiese el polvo acumulado durante siglos.

A la muerte de Pío XII en 1958, Roncalli es elegido Papa como un Papa de transición pues no se veía fácil superar el pontificado de la figura noble, culta y en muchos aspectos extraordinaria del Papa Eugenio Pacelli.

Roncalli representaba otro estilo humano y eclesial, un Papa campesino, bajo y regordete, bonachón y perspicaz, que comenzó haciendo un guiño histórico al asumir el nombre de Juan XXIII, un antipapa depuesto por el concilio de Constanza. A sus 77 años de edad sorprendió a todo el mundo al convocar en 1959 un Concilio Ecuménico que debía completar lo que el Vaticano I (1870) había dejado inacabado, pero que no debía ser la mera continuación de este, sino un nuevo Concilio, el Vaticano II. Él mismo reconoció que esta idea «le brotó del corazón y afloró a sus labios como una gracia de Dios, como una luz de lo alto, con suavidad en el corazón y en los ojos, con gran fervor».

Poco a poco se fueron concretando más los fines del Concilio: diálogo con el mundo moderno, renovación de la vida cristiana, ecumenismo y devolver a la Iglesia el rostro de la Iglesia de los pobres.

Muchos eclesiásticos quedaron atónitos, creyeron que el Papa era ingenuo, precipitado, impulsivo, inconsciente de las dificultades con las que se debería enfrentar con la misma curia romana, o que tal vez chocheaba. Sin embargo la idea despertó gran entusiasmo en todos los movimientos eclesiales y teológicos de la época, tuvo un gran impacto ecuménico y suscitó en todo el mundo cristiano una gran esperanza. En realidad Juan XXIII no continuó la trayectoria de Pío XII, cumbre de la Iglesia de Cristiandad, sino que cambió de modelo eclesial: una Iglesia que volvía a las fuentes de la fe y respondía a los signos de los tiempos.

Y comenzaron cuatro años de preparación, con consultas a toda la Iglesia, de las que salieron algunas peticiones tan dispares como la condena del comunismo, el fomento de la devoción a san José o la moralidad en las playas.

Una sorpresa todavía mayor causó el discurso inaugural del Concilio el 11 de octubre de 1962. La Iglesia, dijo Juan XXIII, no quiere condenar a nadie, prefiere usar la compasión y la misericordia, desea abrirse al mundo moderno y a todos los cristianos, ofrecerles el mensaje renovado del Evangelio. Frente a “los profetas de calamidades”, Juan XXIII profesa un optimismo esperanzador basado en la acción de Dios en la historia. También distingue el contenido esencial de la fe de las adaptaciones a las nuevas circunstancias del tiempo y de la cultura.

Este discurso, según el historiador Alberigo, constituye el acto más relevante del pontificado roncalliano y uno de los más desafiantes de la Iglesia en la edad moderna. Es, como el Papa quería, un salto hacia delante.

El nuevo Papa Pablo VI, cardenal Giovanni Battista Montini, aseguró la continuidad conciliar. Montini tenía un talante muy diferente al de Juan XXIII: menos carismático, menos intuitivo, hombre de la curia vaticana, intelectual, buen conocedor de la teología sobre todo francesa, dubitativo –le llamaban Hamlet–, buscaba ante todo el bien y la unidad de la Iglesia y condujo el Concilio a buen término, pero en el postconcilio sufrió mucho y llegó a decir que el diablo había entrado en la Iglesia...

Cuando en la noche de aquel histórico día, el Papa –cansado de la larga ceremonia de la inauguración– se asomó a la plaza de San Pedro iluminada y repleta de gente, ponderó la luna llena que brillaba, saludó a todos y pidió a los padres de familia que al llegar a sus hogares abrazasen a sus hijos de parte del Papa. Algo estaba cambiando en la Iglesia... Las “florecillas” del Papa Juan reflejan este nuevo estilo.

3. Claves de lectura del Vaticano II

Inaugurado el Concilio, pronto se vio que los obispos llegados de todo el mundo a Roma no iban a limitarse a aprobar sin más los documentos que las comisiones de la curia vaticana habían preparado. Las intervenciones en el aula conciliar de los cardenales Joseph Frings de Alemania y Achille Liénart de Francia consiguieron que se creasen nuevas comisiones con los obispos de la *periferia*, como se llamaba a los venidos de fuera.

Más que explicar detalladamente los 16 documentos del concilio (4 constituciones, 9 decretos y 3 declaraciones), su contexto, su génesis y su hermenéutica, preferimos dar algunas claves de lectura que permitan detectar las constantes de fondo de todos los documentos que revelan el espíritu de *aggiornamento* conciliar de Juan XXIII².

Pero toda esta ilusión pareció venir- se abajo cuando, al acabar la primera sesión del concilio, los rumores de la enfermedad del Papa se difundieron por doquier. La muerte serena y creyente de Juan XXIII el 3 de junio de 1963 impactó no sólo a la Iglesia sino a todo el mundo. Quedaba flotando en el aire el interrogante sobre el futuro del Vaticano II.

3.1. Nueva postura ante el mundo: “legítima autonomía de la creación”

Esto traduce la postura de Juan XXIII de realismo y apertura a todo el mundo, su bondad, su mirada tierna, el buscar hacer bien a todos y no ser profetas de calamidades, sino optimistas y misericordiosos.

² Para un estudio más completo del Vaticano II remitimos a las obras especializadas: G. ALBERIGO (dir), *Historia del Concilio Vaticano II*, V volúmenes, Salamanca, Sígueme, 2008. S. MADRIGAL, *Vaticano II: Remembranza y actualización*, Santander, Sal Terrae, 2002; MADRIGAL, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Santander, Sal Terrae, 2012. E. VILANOVA, *El Concilio Vaticà II*, Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya 1995; J. M. ROVIRA BELLOSO, *Vaticano II: Un concilio para el tercer milenio*, Madrid, B.A.C. 1997.

La teología anterior era profundamente dualista (cuerpo y alma, tierra y cielo, mundo e Iglesia, profano y sagrado, naturaleza y gracia...). El Vaticano II, sobre todo en *Gaudium et spes* (*Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo*) deja esta postura para afirmar que Dios y el mundo no son dos rivales, sino que el mundo es obra de Dios, Dios es el misterio último del mundo, el mundo es sacramento de Dios, lo mundano es constitutivo de la Iglesia y del cristiano, y por tanto sólo existe una historia única de salvación. La Iglesia no se considera superior al mundo o contra el mundo moderno, sino que está inserta en el mundo y en la historia. Se pasa del anatema al diálogo, se toma en serio el progreso humano y se reconoce la autonomía de la creación [GS 36]. Por esto la Iglesia no sólo da, sino que recibe del mundo [GS 44] y no siempre los pastores tienen la respuesta a todas las cuestiones [GS 43].

Por esto el Vaticano II inicia un nuevo método teológico, inductivo. Es la llamada doctrina de los signos de los tiempos [GS 4:11;44], que descubre a Dios en los acontecimientos, sabiendo que el Espíritu del Señor dirige la historia y derrama semillas del Verbo en todas las culturas. Se inicia una teología pastoral, que no es simple aplicación del dogma a la práctica, sino que ve lo pastoral como constitutivo de la misma teología, como punto de partida y punto de llegada. El Vaticano II será un Concilio pastoral.

Para concretar lo dicho, podemos ver cómo el Vaticano II tiene una valoración positiva de toda la creación, de la persona humana [GS 12-17], del trabajo [GS 33-36], de la cultura [GS 53- 62], afirmando que los bienes de la tierra están destinados a todo el mundo [GS 69]. Dentro de esta valoración de la persona se destaca el respeto a la libertad religiosa, afirmación novedosa, pues en 1832, el Papa Gregorio XVI en *Mirari vos*, la llamaba delirio y error pestilente y Pío IX en 1864 la condenaba en el *Syllabus*. El documento *Dignitatis humanae* está consagrado a defender la libertad religiosa: cada persona tiene el derecho a seguir su propia conciencia en materia religiosa.

Pero el concilio no es ingenuo, reconoce la presencia del mal y del pecado en el mundo y una lucha constante entre la luz y las tinieblas [GS 13].

Por esto mismo condena todo aquello que destruye la dignidad de la creación, el pecado que esclaviza a la persona humana [GS 13-14], el ateísmo [GS 19-21], la discriminación racial, sexual o cultural [GS 29], el egoísmo que degrada el trabajo humano [GS 37] y la cultura [GS 56], las desigualdades económicas [GS 66], el totalitarismo y la dictadura [GS 75] la tortura y la guerra [GS 82].Y todo ello está fundamentado en Cristo, el hombre nuevo [GS 22, 45].

Consecuentemente la misión de la Iglesia no es simplemente religiosa y espiritualista, sino integral y puede decir su palabra evangélica a la sociedad siempre que lo exija el bien de las personas [GS 76].

3.2. Redescubrimiento de la comunidad: “el Señor constituyó un pueblo”

Frente a una situación marcada por el individualismo económico, social, político y religioso, se redescubre la importancia de la dimensión comunitaria. El ser humano es social, varón-mujer [GS 12], la familia es la primera comunidad humana [GS 47-52], la vida humana está llamada a la comunidad, a formar una sola familia entre todos, a imagen de la Trinidad, buscando el bien común de todos [GS 23-32], una comunidad económico-social, donde los bienes sirvan a todos [GS 63-72], una comunidad política que respete los derechos de todos y busque el bien común [GS 73-76], una comunidad internacional, en paz, colaboración y justicia [GS 77-91]. Esto se fundamenta en Cristo que quiere formar la comunidad de hijos de Dios [GS 32].

Pero esta dimensión comunitaria insinuada ya en *Gaudium et spes*, alcanza su dimensión eclesial en la *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium*. El primer esquema elaborado por la curia romana fue rechazado por ser considerado clerical, triunfalista y legalista, es decir típico de la Iglesia de cristiandad del Segundo milenio. El nuevo documento define a la Iglesia como una comunidad unida por el Padre, el Hijo y el Espíritu [LG 4], pueblo de Dios [LG II] en marcha hacia la escatología [LG VII], misterio y sacramento de salvación [LG I], precisamente en cuanto comunidad que nace del bautismo y que responde al plan de Dios quien quiso salvar a la humanidad no de forma aislada sino constituyendo un pueblo que le conociera y sirviera santamente [LG 9].

Por esto fue una verdadera revolución eclesiológica el anteponer el pueblo de Dios [LG II] a la jerarquía [LG III], a los laicos [LG IV] y a la vida religiosa [LG VI]. La jerarquía y los diversos carismas están al servicio del Pueblo de Dios, se orientan a la comunidad y son colegiales. La afirmación de la colegialidad episcopal de todos los obispos con el Papa se sitúa en esta visión comunitaria y sinodal de la Iglesia [LG 22-23]. También el reconocimiento de la autonomía de las Iglesias locales en comunión con Roma brota de esta visión no piramidal sino colegial de la Iglesia [LG 23]. La eclesiología de la *Lumen Gentium*, centrada en el pueblo de Dios, en la Iglesia local y en la colegialidad episcopal será, ante todo, una eclesiología de comunión. De este modo se pasa de la eclesiología de Cristiandad del Segundo milenio a la eclesiología de comunión típica del Primer milenio.

Esta preocupación por la comunidad y la comunión es la que lleva a abordar el tema del ecumenismo con las Iglesias cristianas [LG 15] y el diálogo con las religiones no cristianas [LG 16], que se desarrolla más ampliamente en el *Documento sobre el ecumenismo (Unitatis redintegratio)* y en la *Declaración sobre la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas (Nostra aetate)*, respectivamente.

Después del Vaticano II, este espíritu comunitario se reflejará en las conferencias episcopales, sínodos, consejos pastorales, la preocupación por la paz del mundo, diálogos... El mismo Pablo VI dedicó su primera encíclica *Ecclesiam suam*, al diálogo.

Ahora bien, un lugar prioritario donde se manifiesta el misterio de la Iglesia comunidad y comunión es la celebración litúrgica, sobre todo la eucaristía. Por ello no

es casual que el primer documento aprobado por el concilio fuese la *Constitución dogmática sobre la liturgia (Sacrosanctum concilium)*, que recoge y profundiza los aportes del movimiento litúrgico de los años 50.

Ya vimos cómo la liturgia eucarística preconiliar, idéntica desde Trento (1545-1563), reflejaba la eclesiología de Cristiandad. Un cambio de eclesiología implica también un cambio litúrgico, porque la liturgia es la celebración de la salvación de Cristo en comunidad y nos hace penetrar en el misterio pascual: la eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana [SC 10].

La liturgia según el Vaticano II no es una acción de solo el sacerdote sino que toda la asamblea es el sujeto de la celebración, las acciones litúrgicas no son devociones privadas sino celebraciones de toda la Iglesia, de todo el pueblo de Dios [SC 26] que participa activamente en la celebración [SC 17;18; 30]. Es necesaria, tanto para el clero como para los fieles, una reforma y educación litúrgica [SC 15-18]. La Palabra es la que da Espíritu a la liturgia [SC 25;33].

Consecuencia de esta nueva visión teológica es la reforma litúrgica con las transformaciones en los ritos: lengua del pueblo, lecturas bíblicas abundantes y escogidas, reforma del marco de la celebración: altar de cara al pueblo, sede en el centro, sagrario a un lado, plegaria de los fieles, saludo de paz, comunión bajo las dos especies, renovación de los rituales de los sacramentos, etc.

Todas estas reformas litúrgicas no son una concesión a la moda sino la forma concreta de expresar que la Iglesia es una comunidad de bautizados en la que todos somos iguales ante la Palabra y ante Dios.

3.3. Retorno a las fuentes: “Cristo mediador y plenitud de la revelación”

Juan XXIII era un hombre tradicional, pero arraigado en la verdadera Tradición, que quería que la Iglesia fuese como las fuentes de los pueblos, siempre dispuestas a ofrecer a todo el mundo el agua viva del evangelio, pero sin forzar a nadie a beber de esta agua.

La Iglesia de cristiandad había vivido muy centrada en leyes, normas y estructuras. Pío VII, en 1816, mandó retractarse al obispo Mohilev, por haber recomendado a todos los cristianos la lectura de la Palabra de Dios; ahora el Vaticano II propicia una vuelta a las fuentes, a los orígenes de la verdadera Tradición, a Cristo. Por esto el Concilio vuelve a la Palabra de Dios, sobre todo en la *Constitución dogmática sobre la Palabra de Dios (Dei Verbum)*. Este acercamiento a la Palabra propiciará el diálogo con las Iglesias de la Reforma.

Siguiendo las pistas del movimiento bíblico, el Concilio devuelve a la Palabra el lugar central en la vida cristiana: «desconocer la escritura es desconocer a Cristo» (DV 25, citando a S. Jerónimo). Si la teología tradicional consideraba la revelación como un conjunto de verdades que Dios nos había comunica- do (o incluso dictado) y que

constituían como «el depósito de la fe», el Concilio entiende la revelación como la comunicación viva de Dios en la historia por medio de Jesús y del Espíritu: la revelación no son sólo ideas, es la vida del Espíritu que se nos comunica en la persona de Jesús.

Así aparece que lo primero no es la búsqueda de Dios por parte del ser humano sino la libre comunicación del Señor a la humanidad en la creación y en la historia. La revelación se nos comunica no sólo a través de palabras, sino también a través de hechos, como la liberación del Éxodo o el misterio pascual de Jesús. Dios que nos habló en el pasado a través de su Hijo, mantiene hoy un diálogo con la esposa de su Hijo, la Iglesia [DV 8].

A través de la contemplación, el estudio, la experiencia espiritual y la predicación, la revelación puede ser mejor comprendida y profundizada [DV 8]. Puede ser estudiada científicamente y con métodos modernos, pero siempre dentro de la fe de la Iglesia, que tiene el Espíritu del Señor. Frente a los que deseaban hablar de las dos fuentes de la revelación, Vaticano II afirma que la Tradición de la Iglesia y la Escritura [DV 9] proceden de la misma y única fuente: Cristo y su Espíritu.

Para el concilio la Palabra revelada en la Escritura [DV] está presente en la Iglesia [LG 1-2;8] y actuante en la liturgia [SC] y ha de ser el alma del estudio de la teología. Toda la Iglesia está bajo la Palabra de Dios. Esta afirmación conciliar se profundizará luego en la Iglesia y hallará una nueva expresión en la Exhortación postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini* (2010).

Es interesante también recordar que el *Decreto sobre ecumenismo*, (*Unitatis redintegratio*) afirma que existe una jerarquía de verdades de modo que no todas tienen la misma fuerza e importancia [UR 11]. No es lo mismo negar la divinidad de Jesús que el primado de Pedro.

3.4. Redescubrimiento del Espíritu: “el Espíritu del Señor llena el universo”

Juan XXIII veía el Vaticano II como un soplo del Espíritu en la Iglesia, como renovación y *aggiornamento*, un verdadero Pentecostés. El viento que debía renovar la Iglesia y sacudir el polvo de siglos pasados era el soplo del Espíritu.

El Espíritu, muy olvidado por la teología y por la Iglesia latina, es redescubierto por el Vaticano II. A ello contribuyó, sin duda, la presencia en el Concilio de los observadores cristianos, sobre todo de los cristianos ortodoxos de la Iglesia oriental, que siempre achacan a los católicos su poca sensibilidad al Espíritu. Este Espíritu es la clave silenciosa y oculta pero presente y vivificante que ilumina todos los documentos conciliares. El concilio es un acontecimiento del Espíritu que sopla donde quiere.

El concilio reconoce y reafirma que el Espíritu actúa en el mundo, en el Antiguo Testamento, en los profetas, en Jesús y es el que vivifica, santifica, guía, instruye, unifica, renueva y rejuvenece la Iglesia [LG 4]. El Espíritu inspira las Escrituras, las

cuales deben leerse a la luz del mismo Espíritu [DV 7;9;12;18; 21]. El Espíritu actúa en los sacramentos de la Iglesia y sobre todo en la eucaristía [SC 6,43]. El Espíritu unge interiormente a los fieles y les da el sentido de la fe y su adhesión infalible a ella [LG 12], derrama dones y carismas sobre todos los bautizados [LG 12], suscita vocaciones a la vida religiosa [LG 44-45] y transfigura la historia y el mundo hacia la plenitud escatológica del Reino [GS 37-39]. La vida cristiana es, pues, una vida según el Espíritu.

El Espíritu es el que ha suscitado el movimiento ecuménico en estos últimos años [UR 1,4] y el que actúa en las restantes comunidades cristianas [LG 15; UR 3-4]. Más aún, si el Vaticano II afirma que fuera de la Iglesia hay posibilidad de salvación –porque la Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin conocer la revelación siguen una vida recta [LG 16]– es porque el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a misterio pascual de Cristo [GS 22]. En el fondo del *Decreto sobre el ecumenismo (Unitatis redintegratio)* y de la *Declaración de relación con los no cristianos (Nostra aetate)* subyace la misteriosa pero eficaz presencia del Espíritu. Este mismo Espíritu es el que mueve desde dentro la actividad misionera de la Iglesia (*Ad gentes*).

Pero el Espíritu no sólo es el que conduce a la Iglesia a su plenitud escatológica sino el que dirige la historia de la humanidad, llena el universo y se manifiesta en los signos de los tiempos [GS 4;11;44]. Por ello mismo reconocer la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*) no es ceder a la moda del relativismo ni negar la identidad cristiana sino responder a un signo de los tiempos del Espíritu.

4. La síntesis final de Pablo VI: una espiritualidad samaritana

El discurso de clausura del Vaticano II de Pablo VI sintetiza toda esta novedad:

«La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas –y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra– ha absorbido la atención de nuestro Sínodo.» (nº 8) «Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes, cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (Mt 25,40), el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos además reconocer el rostro del Padre celestial –«Quien me ve a mí»– dijo Jesús –«ve también al Padre»– (Jn 14, 9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico, tanto que podemos afirmar también: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre.» (nº 16)

El espíritu del *aggiornamento* de Juan XXIII había invadido todo el concilio, del comienzo al fin.

Comunicación

*El ministerio de la predicación*³

Damian Byrne, OP

Santo Domingo quería que su Orden se llamase y fuese realmente una Orden de Predicadores. Tal es el título que escogió para sí y sus compañeros y el título otorgado por la Iglesia. Este título determinó no sólo su misión, sino todo su estilo de vida. Aunque son muchos los llamados a predicar, se necesita una Orden de Predicadores que recuerde a la Iglesia su misión de predicar. Como hay órdenes dedicadas a la oración, a las misiones o al servicio de los pobres y todos estamos llamados a estas cosas en una forma u otra, nosotros somos una alerta constante a toda la Iglesia sobre la importancia de la predicación. Deberíamos también sobresalir en ella.

¿Cómo debemos vivir y qué tenemos que hacer para cumplir con nuestra vocación de hombres y mujeres que proclaman el mensaje de salvación de Cristo, de tal forma que se convierta en realidad ardiente de nuestras vidas y en la vidas de aquellos a quienes somos enviados?

Vida y testimonio

Una de las claves del éxito de Domingo como predicador fue su estilo de vida. Con toda seguridad él compartiría los sentimientos de la *Evangelii Nuntiandi*: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio” (EN 41).

Lo que gana a la gente no es tanto lo que decimos, cuanto lo que somos. Nuestro Señor convirtió a pecadores como Mateo con una palabra, a Pedro con una simple mirada. Comió con los pecadores. Desafió los prejuicios sociales charlando y comiendo con samaritanos, con cobradores de tasas y prostitutas. Con la acción y la palabra Jesús proclamó el amor misericordioso de Dios.

En *Octogesima Adveniens*, Pablo VI nos recuerda: “Hoy más que nunca, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada y ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo operante en la acción de los cristianos al servicio de sus

³ Conferencia pronunciada en Santa Sabina (Roma), septiembre de 1989. Versión española en http://www.op.org/international/espanol/Documentos/Maestros_orden/Byrne/ministerio_predicacion.htm.

hermanos, en los puntos donde se juegan su existencia y su porvenir” (51). Nuestras palabras permanecen vacías sino van acompañadas del testimonio de vida, tanto individual como comunitario. La vida común está inseparablemente unida con nuestra misión de predicar. *Missio et communio* son las dos caras de la misma moneda tanto en la Iglesia como en la Orden y no podemos separarlas. Por esto precisamente, a través del testimonio de sus vidas, nuestras hermanas contemplativas son el corazón de nuestra familia predicadora. Pero el testimonio de vida florece dentro de un testimonio más profundo.

Queremos ver a Jesús

En el Evangelio, nuestro Señor dijo a los apóstoles: “Vosotros seréis mis testigos”. La frase 'nosotros somos testigos' significa literalmente que se ofrece la experiencia de un Cristo que está vivo, de alguien a quien es posible encontrar y hablar. La petición de quienes se acercaron a Felipe y dijeron: “Queremos ver a Jesús” es hoy el grito de muchos en el mundo. Pero, ¿cuántas veces lo descubren en la palabra que nosotros les distribuimos? Con una cierta angustia, Pablo VI escribía: “Tácitamente o a grandes gritos, siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?” (EN 76).

Lo que el mundo busca es un testimonio digno de ser creído. La gente está cansada de ficciones. Quiere ver a Jesús, como la Madre Teresa de Calcuta nos ha recordado con claridad: “La gente tendría que poder ver a Jesús en nosotros”.

Si somos predicadores, debemos de ser hombres y mujeres que leen, ponderan y viven la palabra de la Escritura. Este encuentro ponderando y meditado con el Jesús de los evangelios se convierte en resorte de vida para cada uno de nosotros. De la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía recibe su alimento nuestra vida de predicadores. Necesitamos también renovar nuestra fe en el poder de la Palabra de Dios. “La Palabra de Dios está viva, es vida...” (Heb 4,12). Cuando se la predica, Cristo está presente (cf. *Mysterium Fidei*, núm. 36). Pero la palabra debe ser meditada en este momento histórico.

Aplicación

Nuestra predicación no será completa mientras no relacione el Evangelio con la vida de la gente. Lo mismo que Jesús predicó su mensaje en forma adecuada a la gente de su tiempo, así nosotros debemos de presentar su mensaje en modo apto para la gente de nuestro tiempo. Conforme al Evangelio, nuestra predicación debe aplicarse a las preguntas que nos hacen. Esto nos impone la obligación de escuchar y de estar alerta a los movimientos que se suceden con rapidez en nuestra sociedad cambiante. ¿Cómo podemos hablar a las necesidades de la gente sino compartimos sus penas y alegrías? Como nos recuerda la *Gaudium et Spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (1).

Antes de hablar debemos escuchar no solo la voz del pueblo, sino también sus ojos y sus corazones. Entonces, nuestra palabra pronunciada cada día desde el altar, en clase, en la sala del hospital..., será una palabra, de esperanza: la cualidad de la predicación en que más insistía el papa Pablo VI.

Profética y doctrinal

Se repite la mejor tradición de la Orden cuando nuestra predicación es profética. La predicación puramente teórica y abstracta no capta ni el espíritu de Santo Domingo, ni los corazones de los fieles. La predicación profética no es puramente el compartir la ciencia, sino una proclamación alegre de la palabra de Dios viva y vivificante. Pero es necesario anunciar el mensaje completo del Evangelio.

En su Comentario a las Constituciones, Humberto de Romanis escribe: “El estudio no es la finalidad de la Orden, pero es de suprema necesidad para el fin que es la predicación y el trabajo por la salvación de las almas, porque sin el estudio no podemos hacer ni una cosa ni otra” (*Opera* II, p. 41). Si somos predicadores, somos también estudiantes. El día en que dejemos de leer y reflexionar, dejaremos de ser predicadores eficientes. Para seguir siendo buenos predicadores hay que ser siempre estudiantes. ¿Leemos? ¿Leemos suficientemente? La escucha real de las alegrías, penas, esperanzas y preocupaciones de la familia humana requiere estudio serio y análisis social. Requiere el aprendizaje de otras lenguas y el respeto delicado de las diferencias culturales, si el Evangelio tiene realmente que encarnarse en las nuevas culturas. Antes que nada, requiere tiempo y presencia entre aquellos a quienes debe más predicar, porque es cosa cierta que a partir de su experiencia escucharemos el Evangelio en formas nuevas.

Nosotros estamos llamados a recibir y abrazar la Palabra de Dios dondequiera que la oigamos. Domingo pasó la noche en diálogo con su hostelero, la atención de Las Casas a las diferencias culturales entre España y el “Nuevo Mundo” le exigió una nueva forma de predicación profética. La atención de Catalina a los signos de su tiempo le llevó a predicar una palabra de compasión a las víctimas de la peste negra, pero también a proclamar la verdad como ella la veía, no sólo a los políticos, sino también a cardenales y papas.

El Obispo Diego y Domingo vieron la incapacidad de la Iglesia de su tiempo para responder con eficacia al movimiento albigense. Viviendo entre ellos, aprendiendo de ellos y escuchándoles, desarrollaron una nueva catequesis. La Iglesia necesitaba admitir los valores auténticos que se encontraban en el movimiento albigense, así como proclamar los valores auténticos que los albigenses preferían ignorar. Esto es lo que entendemos por predicación doctrinal, la predicación de la “verdad completa” del Evangelio. El reto de los albigenses hizo nacer en Domingo y Diego una respuesta creativa. ¿Cuáles son los retos que invitan a nuestra predicación de hoy a una respuesta creativa?

Para ser hijos e hijas de Santo Domingo, tenemos que insertarnos en los campos de debate, especialmente en aquellos campos en que la Iglesia encuentra dificultad para responder. Nos insertamos primero en tales campos para escuchar y aprender. Luego nos comprometemos en una reflexión teológica y en el discernimiento de nuestra respuesta, tanto con nuestros hechos y dichos, como con nuestra forma de vida. Si no estamos en medio de las necesidades de la gente, nos exponemos a desorientarnos y corremos el riesgo de ser ineficaces. Seguir a Domingo significa ser para nuestro período de historia, de la Iglesia y sociedad lo que Domingo fue para el suyo. Él es siempre nuestro punto de partida para examinarnos y renovar nuestras vidas.

Fieles a él y a nuestra tradición, nuestra propia identidad y espiritualidad debe tener sus raíces en nuestra misión de predicar. Ya en 1988, el P. Congar hacía esta sorprendente observación: “Yo podría citar toda una serie de textos antiguos, en los que se afirma - más o menos- que si en una nación se celebrara la misa durante treinta años sin predicación y en otra se predicara durante treinta años sin la celebración de la misa, la gente sería más cristiana en la nación donde hubiera habido la predicación” (*Concilium*, núm. 33).

¿Qué significa para nosotros ser predicadores, no a principios del siglo XIII sino a finales del siglo XX? Algo que ha sido preocupación específicamente dominicana dentro de la misión de la Iglesia universal de predicar el Evangelio ha sido nuestro empeño en “proclamar la verdad”. ¿Dónde está hoy la verdad no deseada o en peligro en nuestra nación, en nuestra vida personal y comunitaria e incluso en nuestra predicación?

Al igual que el mundo en que vivió Domingo, el nuestro tiene sus propias formas de dualismo a las que debemos dirigirnos: las divisiones profundas entre naciones ricas y pobres, entre razas, religiones y grupos étnicos, entre hombres y mujeres, entre naciones de ideologías políticas diferentes.

Catorce años después de la *Evangelii Nuntiandi*, podemos hacernos las mismas tres preguntas cruciales que Pablo VI hizo a toda la Iglesia:

1. ¿Qué ha sucedido hoy en día con la energía oculta de la Buena Nueva, capaz de influir poderosamente en la conciencia humana?
2. ¿En qué medida y en qué forma es capaz la fuerza evangélica de transformar realmente a la gente de este siglo?
3. ¿Qué métodos deberían seguirse para que el poder del Evangelio consiga sus efectos? Palabra y Sacramento

La prioridad de las prioridades para todos los Dominicos es la predicación y el amor por la predicación debería de ser nuestro distintivo. Creo que según el espíritu de la *Evangelii Nuntiandi* debería de predicarse todos los días en las misas públicas. Pablo VI señala también la importancia de la predicación en la administración de los sacramentos y en las ceremonias. Dirigiéndose al Capítulo general de 1983, Juan Pablo II dijo: “Vosotros, los dominicos, tenéis la misión de predicar que Dios vive y que Él es Dios de la vida y que en Él reside la raíz de la dignidad y la esperanza del

hombre llamado a la vida... Vuestras Constituciones conceden la prioridad al ministerio de la Palabra en todas sus formas orales y escritas y la unión entre el ministerio de la palabra y el de los sacramentos es su corona”. La predicación viene en primer lugar, más si no conduce a los sacramentos es incompleta.

Es importante comprobar el poder evangelizador que nuestra predicación puede tener en el contexto de la Eucaristía diaria o semanal. Decimos que mucha gente hoy está sacramentalizada, pero no evangelizada. Esta dimensión sacramental puede no solamente brindar una ocasión de la proclamación evangélica, sino que los mismos sacramentos son palabras de evangelización por medio de los símbolos. Como nos recuerda San Agustín, la palabra es un sacramento audible y el sacramento es una palabra visible. Mientras existen muchas ocasiones para predicar la Palabra fuera de los sacramentos, sería un error ignorar la oportunidad que la celebración de los sacramentos nos ofrece para celebrar la Palabra.

Nunca deberíamos dejar pasar una oportunidad de predicar. No sólo por el bien de quien nos escucha: Yo creo que nadie puede predicar continuamente la Palabra de Dios sin ser transformado por la Palabra que predica. Tanto Pablo VI como Juan Pablo II insisten no sólo en la palabra hablada durante la celebración de los servicios de la Iglesia, sino también a través de los contactos individuales. “Imitando a Santo Domingo que estaba lleno de solicitud por la salvación de todos y cada uno, sepan los hermanos que ellos han sido enviados a todos los creyentes y especialmente a los pobres...”

¿Es ésta nuestra visión de la Iglesia y de la Orden, la práctica diaria de cada uno de nosotros? Pablo VI en una audiencia general, (3 de diciembre, 1975) dijo a algunos aspirantes y novicios dominicos: “Se dice que los dominicos son predicadores. Sin embargo no es frecuente oír la predicación de un dominico”. La seriedad con que deberíamos llegarnos a nuestro ministerio de la predicación queda reflejada en la nueva *Ratio Formationis*, que establece que “la aptitud para la predicación debe ser uno de los elementos a tener presentes en la admisión a las órdenes”.

En una reciente visita a Japón, me hablaron del gran testimonio dado por los artistas dominicos y yo me acordé de las palabras de Lorenzo de Rippafratta a Fray Angélico y a su hermano en un momento de duda: “De ningún modo seréis frailes predicadores menos auténticos si cultiváis la pintura, porque se conquista al pueblo no sólo con la predicación, sino también con las artes, especialmente la música y la pintura. Muchos que se muestran sordos a la predicación serán ganados por vuestros cuadros, que continuarán a predicar a través de los siglos”. Y es verdad, siguen predicando igual que los que escriben y los que publican y cuantos están comprometidos en las diversas formas de los media.

Colaboración

Me gustaría referirme a dos formas de colaboración, una con raíces en nuestra tradición, la otra como forma reciente de la misma.

El domingo anterior a Navidad de 1511 en una capilla con techo de paja en la Isla de la Española, Antonio de Montesinos predicó un sermón sobre el texto: “Yo soy la voz que grita en el desierto”. Su condena de la injusticia causó una avalancha de protestas. La gente se precipitó a quejarse al prior, Pedro de Córdoba, quien explicó ante el asombro y el disgusto general: “No ha predicado Antonio de Montesinos, sino toda la comunidad”. La comunidad había decidido tomar una postura: decidieron lo que había que decir y Montesinos lo dijo.

¡Cómo se enriquecería nuestra predicación si ideáramos un método para preparar comunitariamente la homilía del domingo y para reflexionar sobre los temas clave que desafían. hoy a nuestras diversas sociedades y necesitan ser abordados en nuestra predicación'. Y si tal preparación incluyese a los laicos, mejor todavía.

Una segunda forma de colaboración hoy sería ver a toda la Familia dominicana compartiendo el común carisma de la predicación: No es que las mujeres y los laicos estén llamados a vivir la vida evangélica y los sacerdotes estén llamados a proclamar la Palabra. Ya en el siglo XIII, Tomás de Aquino sostuvo que el carisma de la predicación, que él llamaba “carisma para pronunciar palabras de sabiduría y ciencia en la comunidad cristiana”, había sido dado tanto a los hombres como a las mujeres (II-II, q. 177, a. 2, 2m et 3m.).

Quien esté dotado de un carisma tiene la obligación de ejercerlo; por ello urjo a las hermanas dominicas de clausura o de vida activa, a aprovechar toda oportunidad de predicar que se les ofrezca y esté en consonancia con las circunstancias de su vida. No hay nadie que no pueda predicar con el testimonio y con su contacto “de persona a persona, contacto que conserva toda su validez” (EN 46).

No se puede discutir que la Orden está llamada hoy día a proclamar el Evangelio y a practicarlo como una sola familia. Nuestra misma diversidad y nuestros esfuerzos para crecer como familia a fin de colaborar en nuestra misión evangélica, son aspectos reales de nuestra predicación en un mundo que todavía no ha descubierto cómo mujeres y

hombres, laicos y clérigos, puedan unirse en comunidad como iguales, respetuosos de las diferencias, pero unidos en la fe.

Conclusión

En mis visitas por las diferentes partes del mundo, he constatado que quienes se hallan en mayor dificultad son los que proclaman el Evangelio con mayor fuerza y los que viven la vida evangélica con mayor entrega. A causa de su situación, su predicación tiene una resonancia y un impacto mucho mayor que la de quienes predicán en ambientes de comodidad y seguridad. Tal vez será difícil que se den buenos predicadores en un pueblo que no sufre o no está oprimido. Debemos de hallarnos frente a problemas importantes para que el Evangelio sea proclamado con vigor.

El Primer Mundo tiene problemas graves con que luchar, pero la autocomplacencia y una falsa seguridad pueden cegar fácilmente al predicador para que no vea su urgencia. El Evangelio es la Buena Nueva a los pobres. Cuando echamos nuestra suerte con los pobres y oprimidos nos convertimos en destinatarios de su Evangelio; la predicación nace entonces de un profundo compromiso con el pueblo, un compromiso que inspira una palabra de respuesta a sus necesidades. Nuestra misión es proclamar la esperanza del Evangelio más frecuentemente y predicarlo hasta el límite de nuestra visión, incluso cuando nosotros no encarnamos completamente tal visión. Como Domingo, no somos profetas de perdición o desgracia. Domingo, como Jesús, no anuncio malas noticias, sino la Buena Nueva, siendo un profeta de esperanza. Tampoco fue un moralista que amenazase castigos o crease sentimientos de culpa. Él fue -y es- el maestro espiritual que devuelve la esperanza a los que se hallan oprimidos por la pena o por el sentimiento de culpa.

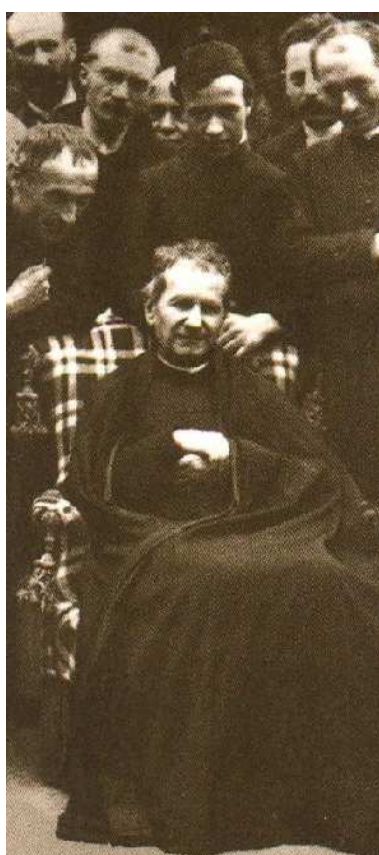
Santo Domingo no tuvo dudas sobre su misión. Él sabía que era predicador. Nosotros tenemos que reevocar este sentimiento de Domingo, reconociéndonos no tanto como “Dominicos”, como cuanto “Predicadores”.

1. *¿Se halla mi vida donde se hallan mis palabras?*
2. *¿Son reconocidos los dominicos en todo el mundo como la Orden de Predicadores?*
3. *Como parte de nuestra renovación continua, ¿no tendríamos que vernos más como predicadores, título que nos dieron el Papa Honorio y Santo Domingo?*
4. *¿Cuáles son las experiencias humanas que me forman a mí y a mis palabras? ¿En qué medida he permitido que el grito de los pobres, de los sin categoría social, educación o poder influya en mi comprensión del Evangelio y en mi anuncio del mismo?*
5. *¿Cómo predico Yo? ¿Se basa mi predicación en la oración y en el estudio? ¿He hecho de la Palabra de Dios algo familiar? ¿Me predico a mí mismo, -mis ideas-, o a Jesucristo? ¿Acepto lo que yo soy, permitiendo a los otros que me enseñen? ¿Cómo he continuado mi formación como predicador? ¿Busco la colaboración de mis hermanos, hermanas y del laicado en mi ministerio de predicación?*
6. *¿De qué forma puede nuestra manera particular de vivir juntos promover directamente la oración, el estudio y el anuncio, -elementos integrantes de la predicación-, a fin de ser identificados públicamente como “los Predicadores”? ¡Somos Predicadores!. Alegrémonos de nuestra vocación, hombres y mujeres a quienes ha sido confiada la Palabra y la visión de Dios para nuestro mundo.*

Vida salesiana

La crónica de Viglietti⁴

Carlos Rey, SDB



Me llamó la atención. ¿Qué queréis que os diga? Me llamó la atención y por eso lo comparto con los lectores de la revista forum.com.

Me refiero a la Crónica que el joven salesiano, Carlo Maria Viglietti⁵, escribió sobre los cuatro últimos años de vida de Don Bosco (1884-1888). La Crónica tiene su importancia, entre otras cosas, porque es el único documento original que registra el viaje y estancia del fundador de los salesianos en Barcelona (8 de abril a 6 de mayo de 1886).

El cronista

Viglietti fue llamado a Valdocco para ser secretario de don Bosco el 20 de mayo de 1884, cuando tenía 20 años, pocos meses después de su profesión religiosa (1883).

Durante sus últimos años de vida, escribe Desramaut, Don Bosco “tuvo a su lado una especie de hijito de cuerpo vigoroso, guapo, bien educado, divertido, ingenuo a la vez que inteligente, muy cariñoso y, por encima de todo, extremadamente orgulloso de su cargo de secretario de Don Bosco⁶.

Dice de él Pablo Marín Sánchez:

Don Viglietti fue a la vez lector, sacristán, enfermero y hasta guardaespaldas de Don Bosco, especialmente durante sus viajes a Francia (1885), España (1886) y Roma (1887), entre otros.

⁴ Texto inédito para forum.com.

⁵ En la foto es el jovencito que está detrás de Don Bosco.

⁶ F. DESRAMAUT, Don Bosco en son temps... p. 1266.

Parece ser que Don Bosco confió totalmente en su secretario-cronista. Aunque pueda resultar extraño, no parece que la excesiva juventud de su confidente le detuviera en abrirle su corazón. Don Bosco hablaba con él de su vida, con sus éxitos y fracasos, de sus problemas con el arzobispo de Turín, monseñor Gastaldi, y de sus relaciones con el rey y el gobierno italiano. La confianza que don Bosco ponía en él hacía que se sintiera orgulloso, a tal punto que nunca se arrepintió de su total adhesión y afecto para con su superior⁷.

Valores y límites de la Crónica

Esta Crónica la he redactado, dice Viglietti, con la mayor verdad de que he sido capaz... Todo cuanto está narrado aquí fue escrito por quien no abandonó nunca a don Bosco, ni de día ni de noche, y estuvo a par de todos sus secretos por lo que pudo, mucho mejor que otros, decir aquello que sucedía en torno a este santo hombre.

He expuesto simplemente los hechos que sucedían tal como yo mismo los vi o los escuché del mismo don Bosco o de otras personas⁸.

Los límites de la Crónica tienen que ver principalmente con su temperamento, carácter, mentalidad, juventud... y con lo que don Bosco significaba para él. A este respecto, resulta significativo el relato de la estancia de casi un mes de don Bosco en Sarriá y Barcelona (1886), en el que Viglietti describe cosas espectaculares y claramente exageradas: iglesias llenas de miles de personas, admiradores de don Bosco que poseen inmensas riquezas en dinero, en palacios, en barcos... Don Viglietti relata que la bendición del santo produce curaciones estrepitosas...

Su manera de escribir remite a un clima que no resulta extraño al modo de hablar de don Bosco ni es muy diferente de ciertas publicaciones salesianas de la época. En su sencillez, la Crónica tiene un encanto similar al de algunos textos de la Biblia o de algunas biografías o leyendas de santos⁹.

Por qué traemos a colación al inicio de este nuevo curso la Crónica de Don Viglietti? Por varios motivos: porque habla de un modo muy entrañable de Don Bosco, nuestro padre y fundador; porque nos ofrece detalles curiosos y muy sencillos de su día a día haciéndonos sentir como si estuviésemos viviendo con él; porque nos aproxima a lo que vivía por dentro y, por último, porque es una bocanada de aire fresco de nuestros orígenes que nos sumerge en la espiritualidad del santo en su vida ordinaria.

“Los textos literariamente mejor conservados, recordábamos en nuestro anterior articulito, no se bastan a sí mismos para mantener vivas estas obras (en nuestro caso las de D. Bosco) en su frescor y su poder irradiante... Las espiritualidades más elevadas, cuando una tradición viva no las reinventa sin cesar, se oscurecen y degradan... Cuando falta la indispensable experiencia espiritual estos textos no son

⁷ Cronaca di Don Bosco : Prima redazione (1885-1888) / Carlo Maria Viglietti; introducción, texto crítico y notas por Pablo Marín Sánchez. -- Roma : LAS, 2009., 23.24.

⁸ Ibidem p. 30-31.

⁹ Cfr. Ibidem, p. 31-33.

*sino simples documentos históricos... Por el contrario, cuando descubre el mensaje enterrado en el silencio y la oscuridad de los siglos, el hombre es capaz entonces de reconocer la excepcional grandeza de estas obras.*¹⁰

Al presentar la Crónica de Viglietti pretendemos dos cosas:

- *Evitar* que su estilo al escribir y su recurso a la exageración y a lo extraordinario nos aparten a nosotros, hombres modernos, de un texto antiguo pero muy rico y útil.
- *Servirnos de su Crónica* para sentir la presencia viva de nuestro fundador y meternos en su día a día como si fuéramos testigos presenciales y participantes de los hechos que cuenta.

Para ello hacemos algo muy sencillo: mostrar algunas escenas de su vida cotidiana en las que se palpa su humanidad, ya fragilizada por la enfermedad y los años, pero impregnada de una profunda santidad que se refleja de mil maneras en su modo de distraer la atención de sí, en su indiferencia a los halagos, en su profunda paz y permanente estabilidad de ánimo, en su amor a sus hijos, en su fortaleza de espíritu, en su confianza en Dios, etc.

Veamos algunas de estas muestras:

El día 13-4-1885 Viglietti manifiesta su admiración por cómo don Bosco “esconde sus males”, en particular la falta de dinero desviando la conversación a otros temas, y por su indiferencia a las alabanzas: “recuerdo, escribe, que le leía yo un artículo de periódico que le era muy favorable y en el punto en el que más lo exaltaba, estaba él bebiendo de un vaso y ni siquiera se paró, sino que continuó como si nada.

En la misma línea el día 16-3-1886 describe la tranquilidad del santo en medio de la multitud y de los homenajes: “admiraba yo, dice Viglietti, la estabilidad de espíritu que mantenía don Bosco, siempre tranquilo, con la sonrisa en los labios, diciendo palabras de conforto a uno, haciendo una broma a otro... ¡Máxima tranquilidad!”

El 6-8-1885, refiere las palabras de un pintor que intenta plasmar su rostro: “retratar a Don Bosco tal cual es, es cosa muy difícil porque posee una expresión angélica que maravilla y es indescriptible. Su expresión, añade el pintor, tiene algo que no sé qué es, pero que lo hace divino”.

Un episodio muy curioso es el que Viglietti narra el día 12-8-1885: una señora, que había donado 2.500 francos a don Bosco, le envía otros 3.000 al recibir sus agradecimientos y otros 10.000 al recibirlos de nuevo, poniéndole en un apuro: “Estoy confuso, afirma don Bosco. Temo que si le vuelvo a escribir me mande una nueva oferta; y no escribirle sería una falta de educación. No sé qué hacer.”

¹⁰ Texto de Marcel Légaut citado en nuestro anterior artículo publicado en el número de junio pasado en la revista Forum.

En la vida de Don Bosco son frecuentes las anécdotas referentes a su confianza en la Providencia. Viglietti refiere algunas. El 16-8-1885, a la pregunta del Card. Alimonda sobre cómo van las cosas, Don Bosco le responde que tiene que pagar 30.000 liras en el plazo de un día. “¿Y cómo hará, indaga el cardenal?” “Espero en la Providencia”, le responde Don Bosco, mientras le muestra un paquete certificado que acaba de llegar. Lo abre y comprueba que contiene 30.000 liras. “Al instante, afirma Viglietti, sufrió el cardenal un ataque de llanto y lloraba como un niño”.

El día 16-8-1886 don Bosco comenta con un visitante que está sin dinero. Este le pregunta: “Y si en este momento surgiese una necesidad urgente, ¿qué haría usted?” “Ah, la Providencia”, responde don Bosco llorando. “Sí la Providencia, continua el visitante, pero mientras usted está sin dinero y si lo necesitase no lo tendría.” “En tal caso, dice don Bosco como quien tiene una inspiración, le diría a usted que fuera a la sala de espera y allí encontrará una persona que me trae una oferta.” “¿Cómo, dice el visitante? ¿Quién se lo ha dicho?” “Nadie. Lo sé yo y María Auxiliadora. Vaya, vaya a ver”, añade el santo. Aquella persona va a la sala de espera y encuentra a un señor. “¿Viene usted a estar con don Bosco?”, le pregunta. “Sí, vengo a traerle una oferta de 300 liras”, le responde este. No hace falta decir la sorpresa de aquella persona que, llorando, alababa a Dios.

Son frecuentes en la vida de don Bosco las ocasiones en las que no consigue concluir la Misa porque le invade el llanto. He aquí un ejemplo. El día 26-8-1885 lloró varias veces durante la celebración, de modo que no podía proseguir. Lloró también al discursar en la conclusión de los Ejercicios Espirituales. “Hace algún tiempo, comenta Viglietti, don Bosco está más sensible. Lloraba bastante durante la misa y al hablar también llora a veces.”

Hablando de su sensibilidad de corazón cuenta Viglietti que el 15-3-1886 Don Bosco le comentó que cuando quiere ofrecer la misa por sus misioneros “es tal la conmoción que le invade, que teme sofocarse, llora y no puede seguir”. El día 30-8-1885, añade que, “sea por su falta de fuerzas o por el mal tiempo, hace algún tiempo que sufre como nunca antes le había visto sufrir”. En este contexto, cuando él mismo y otros salesianos fueron a saludarlo antes de salir de casa, don Bosco “se puso a llorar y a sollozar como un niño diciendo: ‘me dejáis todos aquí, solo’”. Y añade: “Pero a pesar de todo, está siempre alegre y gracioso”.

El 11-2-1886 Viglietti nos descubre la humildad de don Bosco en un detalle que él mismo ha observado: cuando alguien importante viene a visitarlo, nunca dice: “tal persona viene a hacerme una visita”, sino “viene a hacernos una visita”, cuando en realidad, puntualiza, “quienes vienen al Oratorio vienen por don Bosco”

Hace varias noches que don Bosco tiene sueños muy desagradables. La noche del 15-6-1886 Viglietti oye que el anciano fundador lo llama a gritos durante media hora, pero duda en entrar en su habitación por temor a molestarlo. Por fin, pensando que la inquietud y los gritos pueden perjudicar su salud, lo despierta. “Gracias, querido Viglietti, le dice don Bosco. Has hecho una buena cosa. ¡Los sueños me causan tantas molestias!”

El día 16-5-1887 escribe: “¡Pobre don Bosco! Más de 15 veces lloró, profundamente conmovido, durante la celebración de la misa, al punto de no poder ir adelante. Lo mismo le sucedió al bendecir a la multitud que le rodeaba. Ya en la sacristía Viglietti le pregunta el motivo. “Tenía muy viva ante mis ojos, le responde, la escena de la Congregación que soñé a los 10 años y veía y oía como nunca a mis hermanos y a mi madre hablar y discutir sobre el sueño.”

El 6-12-1887 es el día de la despedida de los misioneros que parten. Hace algunos días que don Bosco no está bien. Ayer tuvo que acostarse pronto, pero a la mañana siguiente se ha levantado. Por la tarde decide participar de la ceremonia y entra en el presbiterio sostenido por Viglietti y otra persona. D. Bonetti predica, pero la predicación más bella y eficaz es el pobre don Bosco que camina penosamente, casi arrastrándose. La gente se levanta para verlo.

Cuando los misioneros pasan a saludarle y besar su mano lloran ellos, llora don Bosco y lloran todos en la Iglesia. Después la gente sube al presbiterio y se aglomera a su alrededor. “¡Cuántas palabras de compasión para con aquel pobre viejecito escuché aquel día!, escribe; ¡a cuánta gente vi llorar!; ¡a cuántas personas oí bendecir a aquel hombre de Dios y llamarlo santo!” Concluida la celebración, don Bosco, cansado, se retira a su habitación.

Al dolor de la partida de unos se sucede la alegría del retorno de otros. Ayer partieron unos misioneros para Quito; hoy 7-12-1887 llega mons. Cagliero de América. Fue conmovedor el encuentro de don Bosco con monseñor. El pobre viejecito estaba sentado en su habitación y, al abrazar a su hijo, lo estrechaba junto a su corazón y lloraba como un niño.

El día 6-1-1888 don Bosco le dice a Viglietti: “conviene que le digas a don Rúa que esté atento porque mi cabeza no me funciona. No recuerdo si es por la mañana o por la tarde, qué día es hoy, qué año... No se orientarme, no sé dónde estoy, apenas reconozco a las personas y no recuerdo las circunstancias... No sé si ya he rezado, si es fiesta o día de labor. Ayudadme vosotros.”

Esto es todo por hoy, querido lector. La Crónica de Viglietti te ofrece mucho más y te animo a leerla. El contacto con nuestros orígenes es siempre un reconstituyente que revitaliza nuestra, a veces, cansada vida salesiana. La tengo escaneada. Si la necesitas, basta con pedírmela.

Feliz inicio de curso a todos. Un gran abrazo.

Pastoral juvenil

Preparando el Sínodo 2018¹¹

Ángel Fernández Artime

El Documento Preparatorio del Sínodo de los Obispos de 2018 sobre “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, brújula en nuestro camino.

Queridos hermanos: Os escribo esta Carta animado por el deseo de exhortaros a reconocer en este tiempo que vivimos un *kairós*, un tiempo propicio para nuestro servicio y nuestra comunión eclesial.

El 6 de octubre de 2016, en efecto, el papa Francisco anunció que en octubre de 2018 se tendrá la **XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos** sobre el tema: “**Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional**”. Es la primera vez en la historia de la Iglesia que una Asamblea tan importante y representativa se dedique de modo fuerte y explícito al estudio de este tema. El Sínodo sobre la nueva evangelización (2012) y la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (2013) han afrontado como cumplir la misión de anunciar la alegría del Evangelio en el mundo de hoy; al acompañamiento de las familias en el encuentro de esta alegría se han dedicado, en cambio, dos Sínodos (2014, 2015) y la Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris laetitia* (2016).

Como continuidad de este camino, el Santo Padre ha decidido que la Iglesia se interrogue sobre cómo acompañar a los jóvenes en descubrir y acoger la llamada al amor y a la vida en plenitud; ha pedido también a los mismos jóvenes que ayuden a la Iglesia a identificar los modos más eficaces hoy para anunciar la Buena Noticia. El 13 de enero 2017, por tanto, la Secretaría del Sínodo de los Obispos ha presentado a la atención de toda la Iglesia un *Documento Preparatorio* (DP), para poner en marcha “la fase de la consulta de todo el Pueblo de Dios”.

Como Salesianos de Don Bosco, estamos llamados a ofrecer a la Iglesia el don de nuestro carisma, unido a nuestra reflexión y experiencia pastoral con los jóvenes y para los jóvenes. Por esta razón, hoy os pido que os unáis al esfuerzo de toda la Iglesia en el estudio de este Documento y en responder al *Cuestionario* adjunto, dejándoos interpelar ante todo por esta pregunta: ante la convocatoria de este Sínodo y la publicación de este *Documento Preparatorio*, ¿de qué modo nos sentimos interpelados

¹¹ Carta del Rector Mayor a los salesianos (Roma, 24 de julio de 2017).

en nuestra experiencia carismática? Os pido que compartáis vuestras reflexiones también con la Iglesia local, con la convicción de que no son solo para los jóvenes y los educadores de nuestras obras Salesianas, sino sobre todo compartidas y discutidas con ellos y con muchos otros jóvenes y educadores comprometidos en la pastoral juvenil de las Iglesias locales.

Con esta óptica de implicación, hemos pedido a todas las Inspectorías que respondan al Cuestionario del Documento Preparatorio y envíen sus respuestas al Dicasterio de la Pastoral Juvenil.

1. El *primer paso indispensable* que hay que dar debe ser leer la **historia de los jóvenes** que se nos han confiado. Este paso exige estar familiarizados con los restos y las oportunidades del territorio en el que estamos llamados a testimoniar el amor de Dios por los jóvenes, especialmente los más pobres. Toda la primera parte del *Documento Preparatorio*, en efecto, se basa en la importancia de una lectura de la realidad contemporánea de los jóvenes. En el espíritu de la *Evangelii Gaudium* estamos llamados a “salir” y a “escuchar”, para compartir después la Buena Noticia. Conocer la realidad de los jóvenes con los que nos encontramos no es un lujo que podemos permitirnos, sino un deber que no podemos soslayar. No hacerlo sería una traición, dar la espalda al grito con frecuencia oculto, pero profundo, de los jóvenes. La tentación del “lo hemos hecho siempre así”, junto a la actitud del “sabemos ya la respuesta”, aunque haya cambiado la pregunta, son los verdaderos peligros que debemos reconocer y evitar.

2. La *segunda parte del Documento Preparatorio* se concentra en los conceptos de **fe**, **discernimiento** y **vocación**. Estos están estrechamente unidos entre sí: la fe es fuente del discernimiento vocacional, “hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que ese gran es fiable, que vale la pena entregarse a él, porque su fundamento se encuentra en Dios, más fuerte que cualquier fragilidad” (LF, 53). Como Salesianos, en este campo estamos llamados a reconocer algunos retos y a reforzar algunas opciones: nuestra propuesta educativa y pastoral debe ofrecer a los jóvenes caminos que los lleven a vivir una experiencia humana integral; esta propuesta debe ayudar, por tanto, a los jóvenes a vivir la vida como un don que acoger y compartir, del que se debe ser consciente y del que debemos estar agradecidos; finalmente, como educadores y pastores, estamos llamados a acompañar a los jóvenes en el discernimiento de su propia vocación y, por tanto, en la construcción de su propio proyecto de vida, con la conciencia de que “no hay una vocación que no esté ordenada a una misión” (DP II, 3).

Los temas del discernimiento y del acompañamiento requieren una seria y competente preparación –humana, espiritual, carismática– de todos los componentes, consagrados y laicos, de la Comunidad Educativo-Pastoral. Os invito a evitar dos tentaciones pastorales.

La *primera tentación* que encontramos aquí es la de pararnos a constatar la falta del tiempo y de los recursos necesarios para un fuerte compromiso en el acompañamiento de los jóvenes. A esta tentación respondemos ofreciéndonos como primeros a convertirnos nosotros mismos en verdaderos y auténticos testigos en dejarse

acompañar: “guías guiadas”, que hacen en sí mismas la experiencia personal del acompañamiento espiritual y solo entonces están en condición de ofrecerla a otros, generando procesos eficaces de formación en el acompañamiento para los laicos corresponsables en la misión salesiana.

La *segunda tentación* es la de contentarnos con una visión reducida del acompañamiento, que casi exalta el papel individual del acompañante en este proceso. A esta otra tentación respondemos ofreciendo a los jóvenes, allí donde estemos presentes, un acompañamiento gradual en varios niveles: un acompañamiento de la obra salesiana, que acoge a los jóvenes y les transmite un “espíritu de familia”; un acompañamiento de la comunidad educativo-pastoral, que a su vez requiere estar guiada en la corresponsabilidad de la misión salesiana y en el discernimiento comunitario que precede al proyecto educativo y pastoral; un acompañamiento del grupo en el que el joven se inserta, en un camino gradual de discipulado y apostolado; por último, el acompañamiento personal del joven, decisivo para su discernimiento vocacional.

El Documento Preparatorio nos indica que este último tipo de discernimiento no es un hecho cerrado en sí, sino un “proceso con el que la persona llega a hacer realidad, en diálogo con el Señor y a la escucha de la voz del Espíritu, las decisiones fundamentales, a partir de la del estado de vida” (DP II, 2). En cada joven educado en la fe resuena esta pregunta: “¿Cómo vivir la Buena Noticia del Evangelio y responder a la llamada que el Señor dirige a todos los que se encuentran con Él: a través del matrimonio, el ministerio ordenado, la vida consagrada?” (DP II, 2). Recordando la vocación universal a la santidad (LG 40), estamos llamados a acompañar a cada joven, sin excluir a ninguno, hasta esa pregunta fundamental, es decir, hasta el umbral de la vida adulta, proponiendo gradualmente, pero sin miedos, Como hizo Don Bosco, la meta de una medida alta de vida humana y cristiana.

3. La *tercera parte del Documento Preparatorio* recoge algunas indicaciones sobre la **acción pastoral**, distinguiendo sus sujetos, lugares e instrumentos. Estamos invitados a volver a “acompañar a los jóvenes”, a través de los tres movimientos de “salir”, “ver” y “llamar”, que suponen el modo con que Jesús se encontraba con las personas de su tiempo. Este recuerdo nos resulta familiar a nosotros los hijos de Don Bosco, y constituye una llamada ulterior a la escucha de los jóvenes y a la disponibilidad incondicional ante sus necesidades, conscientes de que el hecho de que la relación de paternidad espiritual es la prolongación de una paternidad educativa. Del encuentro con los jóvenes, bien configurado por la práctica de la asistencia, puede florecer el acompañamiento hacia el discernimiento vocacional y la consiguiente construcción del proyecto de vida del joven.

Cuando el Documento Preparatorio invita a llamar y considerar sujetos de la pastoral “a todos los jóvenes, sin excluir a ninguno”, resuena en nosotros la certidumbre, que es nuestra y lo fue de Don Bosco, de que “*en cada joven, aun el más desgraciado, hay un punto accesible al bien*”. *En vista de una acción pastoral de calidad ofrecida a jóvenes con necesidades diversas, pues, debe promoverse una clara y compartida experiencia de todos los sujetos de la comunidad que educa y evangeliza: la Comunidad Educativo - Pastoral.* Esto requiere, por parte de la Comunidad Salesiana local y de la animación

Salesiana Inspectorial, un esfuerzo cada vez más serio, cualificado y programado de la formación de los laicos colaboradores, también en el tema del acompañamiento de los jóvenes.

A la implicación corresponsable de los diversos sujetos de la acción pastoral, debe unirse una inteligencia pastoral que no se limite a una propuesta pastoral genérica, sino que se traduzca en procesos de discernimiento comunitario sobre la redacción compartida de un Proyecto Educativo-Pastoral. En el proyecto pastoral, además, es oportuno que los itinerarios ofrecidos miren lo más posible a los jóvenes como sujetos a los que responsabilizar en el camino de crecimiento humano y de fe, y que se propongan dentro de una lógica gradual del camino. Os animo, pues, además, a esforzarnos en ofrecer caminos de oración dentro de los procesos educativos y evangelizadores, en los que los jóvenes puedan saborear el valor del silencio y de la contemplación: “no hay discernimiento sin cultivar la familiaridad con el Señor y el diálogo con su Palabra” (DP III, 4).

Junto a esta carta, os ofrezco **tres preguntas**, que pueden guiar vuestra reflexión sobre los retos y las oportunidades de la fe y del discernimiento vocacional de los jóvenes hoy. Estas tres preguntas las ofrezco como pista de reflexión a los diferentes Consejos Inspectoriales, en las reuniones de los directores, de los salesianos del quinquenio y de los tirocinantes. Invito también a explorar la posibilidad de ofrecer estas tres preguntas a los diferentes grupos de la *Familia Salesiana*:

1. ¿Cuáles son las propuestas que en el ámbito de la Iglesia local estamos proponiendo para que la *Evangelii Gaudium* permanezca como la brújula de nuestro camino pastoral?
2. ¿Cuáles son las opciones pastorales que estamos favoreciendo y/o podemos proponer para que todos, jóvenes y adultos, padres y educadores, catequistas y animadores, nos sintamos parte de una comunidad que educa en la fe, una comunidad que evangeliza?
3. ¿Cuáles son las dificultades que pueden debilitar la continuidad y la solidez de los procesos pastorales? ¿Cuáles son las propuestas para reforzar la continuidad y la solidez de los procesos pastorales?

Siguiendo la invitación del Santo Padre (DP III, V), confiamos a María este camino en el que, con toda la Iglesia, nos interrogamos sobre cómo acompañar a los jóvenes en acoger la llamada a la alegría del amor y a la vida en plenitud.

Tiempo de silencio, tiempo de amar. Cuando llega la enfermedad¹²

Luis Emilio Gil de Vergara, SJ¹³

La enfermedad afecta profundamente al ser humano, pues supone un cambio radical en la existencia, acrecentado por la simultaneidad de la jubilación. Las experiencias de despojo o de vado pueden ser demoledoras, pero también una experiencia de nuestra pobreza ante Dios, y provocar el salto hacia una nueva visión de la existencia propia. Hay que superar las preguntas (los «porqué») para llegar a los «para qué» y profundizar en una nueva misión en nuestra vida. Tiempo para seguir aprendiendo y llenando nuestro ser con una renovada sabiduría. El texto evangélico de Cesárea de Filipo nos abrirá a un reencuentro con nuestra misión en esta nueva situación.

Allá por el año 2009, una insuficiencia respiratoria que derivó en neumonía me llevó a Urgencias del hospital de La Paz. Aquel año se había extendido, además, el temor a la gripe-A. Así que lo primero que hicieron, en cuanto entré en Urgencias, fue proceder a mi aislamiento. Ello supuso una especie de privilegio, triste privilegio, en el normal amontonamiento de pacientes de que se «disfruta» habitualmente en las urgencias.

Por fin, aterricé en la UCI del hospital, también en régimen de aislamiento. Hasta que se comprobó que no tenía la gripe-A, fui atendido por diversos sanitarios, vestidos de astronautas para evitar el contagio. Pero lo realmente grave no fue la gripe, sino la insuficiencia respiratoria que, en un momento determinado, supuso la sedación para ponerme un respirador. Y allí fui muy consciente de dos experiencias muy importantes.

La primera de esas experiencias fue la de *despojo*. Lo primero que hacen cuando ingresas en la UCI es ir quitándote toda la ropa hasta dejarte desnudo bajo una sábana. Al mismo tiempo, te van colocando las vías y tubos necesarios para atenderte médicamente. En esa situación, me sentí desnudo ante Dios. Muchas veces había

¹² Artículo publicado en la revista “Sal Terrae” núm. 104 (2016), págs. 199-211.

¹³ Profesor jubilado de Historia mundial contemporánea y de Religión. Trabaja en la pastoral colegial y de matrimonios. Padece insuficiencia renal. <gildevergara@hotmail.com>.

hablado yo de la experiencia del «descálzate» de Moisés, y ahora lo experimentaba en su totalidad. En esa situación, ante Dios te encuentras pequeño y pobre, desnudo.

La segunda experiencia fue la de enfrentarme directamente con la muerte. Llegó un momento en que apenas podía respirar. Me vi rodeado de gente. El médico dijo que había que sedarme para colocar el respirador. Transcurrió un tiempo muy pequeño antes de la sedación. En la UCI hay momentos en los que hay que resolver los problemas en cuestión de segundos. En ese tiempo te pasa rápidamente por la cabeza la idea de que quizá no vuelvas a despertar. En aquel momento me sentí con paz en las manos de Dios: podía irme tranquilo, sin despertar. El médico lo hizo muy bien: «Confía en nosotros».

El despojo

Ese despojo real de la UCI es también simbólico: la vejez y la enfermedad van efectuando en nosotros un auténtico despojo. En ocasiones, son la vida o incluso los demás los que, poco a poco, te van quitando cosas que haces.

Un día no te llaman para algo que hacías normalmente; otro, desapareces del organigrama de la empresa sin que nadie te haya comunicado nada. Dejan de pedirte opinión sobre algún asunto que, normalmente, conoces bien. Y si tú expresas tu opinión o das algunas ideas, olfateas la indiferencia...

También puedes ser muy consciente e ir realizando ese despojo por propia voluntad. Yo me he considerado dentro de este grupo y, sin embargo, me he encontrado bastantes veces en ese primer caso, en el que te van orillando progresivamente.

Además de mis clases de Historia en COU, yo estaba encargado, junto a otro compañero y amigo, de la pastoral en 3º de BUP y COU. Cuando ya rebasaba los cincuenta años, comencé a decirle a mi padre Provincial que tenía que pensar en alguien más joven para atender a aquellos chavales. Yo podría seguir colaborando, pero otros debían llevar la iniciativa. Pasaron unos cuantos años hasta que mandaron a otros más jóvenes.

Siempre tienes la sensación de que tu experiencia es muy grande y de que podrías seguir realizando tu labor con esos muchachos jóvenes. Pero, si uno es sincero, acaba por darse cuenta de que ya te miran como a un abuelo, más o menos actualizado, sí, pero «como a un abuelo». Fui muy consciente de esto y no quería ir consumiéndome y apagándome poco a poco en el Colegio donde trabajaba. Mi plan era abandonarlo cuando todavía tuviera capacidad de adaptación a nuevos trabajos. Me «pedía» una ciudad pequeña, con una residencia de jesuitas y una iglesia donde se pudiera ayudar con misas, confesiones, trabajo con adultos, especialmente con matrimonios. Y el mío fue uno de los dos nombres barajados para una de esas ciudades, capitales de provincia. Al final, destinaron al otro que estaba en cartera.

La enfermedad me despojó también de esos planes para la jubilación. El año 2002, en la revisión médica de la empresa, se detectó algo extraño y me recomendaron hacer

un estudio más profundo. Después de varios análisis, radiografías y demás recursos técnicos, mi médico, y además amigo, me pronosticó que probablemente acabaría con una insuficiencia renal y que había que hacer otros análisis.

Unas extrañas radiografías de las extremidades me resultaron misteriosas. Nunca se me habría ocurrido pensar en lo que estaban buscando. La cosa se descubrió enseguida: podría tener un mieloma múltiple, aunque quizás estuviera «quiescente». El doctor me explicó convenientemente en qué consistía, dado que estaba convencido de que yo acudiría a Internet. Y, lógicamente, también acudí a Internet.

De la noche a la mañana, te encuentras con que se ha puesto plazo a tu vida. A todo tirar, dos años. Y parecía que no había curación para ese cáncer sanguíneo; solo se podían paliar un poco las consecuencias por medio de la quimioterapia.

Yo creo que el médico especialista al que me envió mi doctor estaba totalmente convencido de que yo tenía el mieloma. Me mandó toda clase de pruebas para estar ya «preparado para recibir la quimioterapia». El definitivo análisis de la médula mostró que las células plasmáticas (malignas) existían, pero en un nivel inferior al establecido para el mieloma. Y entonces el doctor preguntó, con un aplomo verdaderamente notable, que «cómo habíamos podido pensar en el cáncer».

Y entonces toda la fortaleza que había mostrado hasta el momento me desapareció. Cuando me quedé solo en mi habitación, me vine abajo y comencé a llorar desconsoladamente. Me quedé sin fuerzas. Nunca había tenido grandes problemas de salud; en algunas ocasiones me encontraba cansado, porque dedicaba muchas horas a mi trabajo como sacerdote y educador. Y de pronto sientes de verdad la debilidad. Educado para superarme siempre y afrontar los problemas de la vida, había resistido, yo diría que ejemplarmente; pero ese esfuerzo me dejó sin aliento. Mis fuerzas no eran tan grandes.

En toda esa temporada de pruebas hubo algo que me ayudó mucho en mi oración. El año 1999 pasé algo más de dos meses en Israel, en un curso que organizaba la Compañía de Jesús de España. Casi todos los participantes eran mayores que yo. Aquello, más que un curso de formación (que lo fue, y muy bueno), parecía un premio por los servicios prestados en tantos años de trabajo. Una de las primeras Eucaristías (y probablemente la primera) la tuvimos en Nazaret, el lugar del «SI» de María. Nuestro guía, compañero y amigo, Juan Manuel, nos dijo unas palabras claves: tenemos que dar un «*SI al límite*». Ese iba a ser nuestro futuro: asumir nuestra progresiva limitación, aprendiendo a convivir con ella. Más aún, a encontrar en ello nuestra llamada, nuestra misión.

Muchas veces he recordado esas palabras y he procurado hacerlas carne propia. En esa línea, me impresionó mucho, leyendo un documento del Padre Kolvenbach, una cita de un santo jesuita que decía: «¡Qué difícil es aprender a no hacer nada...!». Y es verdad. Llega un momento en que la vida te retira de los trabajos habituales. Unas veces, porque ya te fallan las fuerzas físicas; y otras, porque ha llegado el momento de dar el relevo a otros. Y resulta duro. Siempre piensas que todavía puedes hacer más de lo que haces; que se está desaprovechando tu gran experiencia.

Quizás uno de los descubrimientos que hemos de realizar en nuestra vida es el paso *del hacer al estar*. *Estar* ante Dios «rezando por la Iglesia y la Compañía», como se escribe en el catálogo de los jesuitas para aquellos a quienes la enfermedad y/o los años los han retirado de la vida activa. *Estar* disponible para acompañar, desde el silencio, la actividad de los compañeros; *estar* al lado de los que sufren el dolor de la enfermedad o de la muerte. *Estar*. Y esa puede ser una importante misión cuando se asume con un corazón grande.

El vacío

Después de aquellos días en busca del posible mieloma, durante una larga temporada me encontré como sin fuerzas. Más aún, tuve un gran sentimiento de vacío, de sequedad interior. Sufrí mucho, porque casi nunca conseguía encontrar a Dios en mi interior. Estaba tranquilo, pero seco.

Durante un par de años, había tenido lo que yo llamaba mi «parroquia virtual». Todas las semanas del curso escribía un documento que yo titulaba «Cinco minutos», en el que comentaba cosas muy diversas. Normalmente, lo dedicaba a las lecturas de la Eucaristía para esa semana. Se intercalaban cosas que ocurrían en la vida, o en mi vida, o algo acerca de los santos de la semana... Era una especie de *popurrí* religioso que llegaba por correo electrónico a unas 300-400 personas. Algo que yo hacía con mucha ilusión. Después del episodio del mieloma, no me sentí con ánimo para continuar. Era algo así como si todas mis fuerzas tuvieran que concentrarse en sostenerme a mí mismo. No me sentía capaz de elaborar nada para los demás.

La enfermedad me dejaba cada vez menos cosas en las que pudiera ejercer mi vocación *para* otros y *con* otros. Después de un par de veces en que durante la Eucaristía tuve un «*yu-yu*», con la consiguiente alarma de toda la concurrencia, dejé de celebrar la eucaristía para otros. Mis horarios de la diálisis peritoneal (que soporté durante más de cinco años) tampoco me dejaban mucha opción a tener la Eucaristía «con» otros en los días de trabajo. Y la realidad es que esa soledad de la vida espiritual te va socavando por dentro.

Como no tenía posibilidad de tener esas Eucaristías *para* y *con* otros, cada día celebraba en soledad el memorial del Señor. Nuestra pequeña capilla comunitaria, además de los elementos normales en una capilla (sagrario, altar, crucifijo...), tiene dos cuadros: uno es una Dolorosa, la famosa «Virgen del Recuerdo dolorido» de la poesía del Padre Alarcón, en la novela *Pequeñeces*, y que hoy se sigue recitando cada 31 de mayo; el otro es un magnífico *Ecce Homo*. Sentado al altar, porque mis fuerzas no daban para más, tema enfrente ese cuadro conmovedor. Allí se fue llenando poco a poco ese vacío. Muchas veces me venía a la mente aquello de San Pablo: «completo en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo». Muchas veces me veía compartiendo con Jesús el dolor del mundo en mi dolor interiormente y me quitaba la paz. Mi abuelo había venido a Madrid a pasar unos días. Le encantaban esos viajes al «foro». Un día le dio un ataque, y quedó hemipléjico y sin habla. Mi padre estaba recién operado, y

como mi madre estaba sola para atenderlo, vine a Madrid para ayudar. Y yo asistía a su agonía con una enorme agitación interior.

El último día de su vida, que era Viernes Santo, me sentí en la obligación de decirle cosas piadosas y relacionar su situación con la muerte de Jesús. Me apretó la mano con sus ya extenuadas fuerzas, me miró, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Y algo cambió dentro de mí. No me era fácil explicarlo a nadie, pero las cosas adquirieron sentido en mi interior de forma existencial. Al cabo de un rato, murió. Y algo había nacido en mí.

La filosofía y la teología me fueron luego dando el bagaje intelectual para explicar «científicamente» lo que, en la práctica, no tiene mucha explicación: todas esas cosas de la contingencia y la libertad, que sin la otra experiencia existencial sirven para bastante poco.

A lo largo de mi vida, me he visto muchas veces tocado por las muertes cercanas. Unas han sido muy cercanas (padres, hermana, dos sobrinos en sendos accidentes de moto...), y otras también cercanas por mi trabajo de sacerdote y educador. Varias veces he tenido que atender casos de suicidio o de accidente y acompañar a las familias. Y, cada vez más, ha ido surgiendo en mí la importancia de descubrir el *para qué* de todas esas circunstancias dolorosas.

Normalmente, siempre que tienes un funeral, acabas formulando esa idea de pensar en el «para qué» de ese acontecimiento: qué debe significar para nosotros la vida y la muerte del ser querido. Y de esta manera se digiere un poco mejor. En algunas ocasiones, pocas, me he atrevido a formularlo con toda crudeza: no pienses en el «por qué» sino en el «para qué». Lo he hecho con gente muy concienciada y, a pesar de todo, cuesta trabajo digerirlo.

Pues eso que fui aprendiendo poco a poco me lo formulo a mí mismo con frecuencia. Y entramos en el tema de la misión en la vejez y en la enfermedad.

En busca de una misión

Una de las poquísimas cosas que guardo desde hace cincuenta años es un libro. Se trata de *El medio divino*, de Teilhard de Chardin. Ha permanecido a mi lado sin ser enviado, como la mayoría de libros, a la biblioteca comunitaria, porque fue fundamental en uno de los momentos más difíciles de mi vida. Vivía yo un momento de oscuridad en mi trabajo, y en esa situación de crisis fui leyendo oracionalmente ese estudio del jesuita francés. Y eso me dio sentido.

Habla Teilhard de *actividades* y *pasividades*, y fue la reflexión sobre estas lo que fue iluminando mi situación. Estas te van configurando también, te ayudan a encontrarte contigo mismo y, sobre todo, desde ellas también se construye el Reino de Dios.

Una imagen me sirvió especialmente de referencia. En la construcción de un edificio vemos la parte externa, el diseño, los adornos y todo lo que queda a la vista del

público, pero todo eso subsiste gracias a esos cimientos que sostienen todo el edificio. Gracias a esos ladrillos y ese cemento que no se ven, pero que son los que dan solidez a todo el conjunto. Y eso me hizo valorar la vocación de cimiento en aquel momento; y eso ha seguido presente en mi vida.

Yo estaba convencido de que esa imagen estaba en el libro de Teilhard; pero, cuando he vuelto a leer hace poco *El medio divino*, no he conseguido encontrarla. Sin embargo, me ha servido muy eficazmente, la haya sacado de donde la haya sacado.

Durante la vida tenemos más momentos de pasividad que de actividad, nos asegura Teilhard. Suelen ser pasividades de crecimiento y son muy efectivas para nuestro trabajo y, especialmente, para nuestro crecimiento interior. Pero llega un momento en el que comienzan a tener una presencia abrumadora las *pasividades de disminución*. Estas van anegándonos al final de la vida y en la enfermedad.

La gran tentación sería pensar: «ya no sirvo para nada»; «ya no cuentan conmigo»; «me he quedado fuera de las conversaciones y de los descansos de la gente que me rodea»... Y la realidad confirma casi siempre todo esto. Evidentemente, si ponemos nuestro objetivo en seguir aferrados a lo que teníamos y hacíamos cuando estábamos en plena actividad, será así. Pero eso ya pasó, y ahora tenemos que reinventarnos y descubrir qué es lo que yo puedo y debo hacer en el momento actual.

No es sencillo proponer cosas concretas, pues cada uno debe hallarlas teniendo en cuenta su situación y sus habilidades. Cuando no hay enfermedad, aumentan claramente las posibilidades. No hay más que pasear por las calles de Madrid y fijarse en la cantidad de personas mayores paseando con los nietos o acompañándolos al colegio. La enfermedad te cierra muchas posibilidades. Y, sin embargo, existen.

Una primera cosa sería el ser buen enfermo. Así de sencillo y así de importante. Convivo muchas horas a la semana con enfermos renales en distintas fases de deterioro, y encuentras a personas que llevan muy mal la enfermedad. Y, a su lado, otros son magníficos enfermos. Hay gente quejica, déspota, exigente... Y hay otros siempre optimistas y alegres, agradecidos.

Es frecuente encontrarnos con la «competitividad de dolencias». Cuando alguien me cuenta que tiene tal cosa o que le duele algo, es muy frecuente ese «¡pues anda que yo...!» y comenzar a contar todo lo que me pasa o creo que me pasa. Hay que aprender a escuchar las dolencias y miserias que el otro está deseando contar. Si escuchamos, es frecuente que nos encontremos con que se pasa de las dolencias físicas a las morales. La vida ha dejado muchas heridas en las personas, y necesitan ser escuchadas. Y ya casi nadie los escucha. Se quejan de que los hijos van «a su bola» y que están muy solos.

Ser buen enfermo significa también ser optimista. Si me preguntan cómo estoy, y siempre tengo una batallita que contar, acabarán por preguntar cada vez menos; y, además, tú te enredas cada vez más en lo mal que estás. Hay que coger la costumbre de transmitir una visión positiva: muy bien, fenomenal. El optimismo te mejora física y psíquicamente.

Una segunda cosa sería realizar por ti mismo todo lo que tú puedas hacer. Mantenerse activo e independiente todo cuanto sea posible. Llegó un momento en que yo no podía recorrer más de 100-200 metros sin encontrarme agotado, pero hacía el esfuerzo de hacer esos cien metros cada día e incluso intentar hacerlos más de una vez. Poco a poco, fui aumentando la distancia diaria, y actualmente dedico una hora al día, haciendo más de cuatro kilómetros. Y estoy convencido de que eso ha sido una parte importante de mi buena situación actual.

Hay muchas actividades diarias que uno debe hacer mientras le sea posible. Incluso hay que esforzarse, y ese esfuerzo hará que, poco a poco, nos resulte más fácil realizarlas.

A pesar de esos esfuerzos mantenidos, tendremos momentos, más o menos largos, en los que necesitaremos ayuda. Y hay que saber aceptar esa ayuda con sencillez, superando la vergüenza inicial a que te vistan o te duchen. Te hace humilde reconocer la necesidad de ayuda. Y es uno más de tantos despojos a que te somete la enfermedad.

Quizá la clave para dar sentido a la propia enfermedad o a la vejez estaría, lógicamente, en el amor. ¿Cómo puedo, desde mi situación, amar más a los que me rodean?

Sobran las palabras

Una de las cosas que yo he experimentado en estos últimos años es que empiezan a cansarte tantas palabras como rodean nuestras vidas. Hace ya más de dos años, me cansé de los «tertulianos». Como tantas personas, solía poner la radio por las noches antes de acostarme, y a veces por la mañana, para ponerme al día de las noticias. Y siempre había «tertulianos» que hablaban de lo divino y lo humano como si supieran mucho de todos los temas. Escuché varias intervenciones que me parecieron auténticas tonterías y, después de una de ellas, apagué el transmisor... y hasta hoy. Me sigo informando a través de la prensa y selecciono aquello que me interesa.

Hace poco, al final de una novela cargada de aventuras, de acontecimientos, uno de los protagonistas decía: hemos llegado a un momento en el que han terminado las palabras. Ya resultan vacías y superfluas. Me sentí muy identificado con ello.

Todo lo que tenías que hacer en la vida está hecho, y ha llegado el momento en que puedes, sencillamente, dedicarte a «ser» tú mismo. Esto es lo que me hace valioso, más allá de todo lo realizado. Como, además, sientes que tus necesidades van disminuyendo y que estás cada vez más desinstalado en el mundo, puedes dedicarte a ti mismo y a tu vida interior.

A partir de estos momentos será tu modo de vivir y de estar la forma de «predicar» a los demás.

Tiempo de seguir aprendiendo

Paradójicamente, una de las mejores experiencias de estos años es la de seguir aprendiendo. Ese despojo de las actividades que antes llenaban la vida propia ha facilitado el dedicar mucho tiempo a la lectura. Voy simultaneando varias lecturas. Por un lado, procuro siempre tener abiertas lecturas de teología y de espiritualidad. Distingo especialmente estas dos; una, para seguir profundizando en el conocimiento teológico; la otra, para ayudar a mi cuidado espiritual. Estas lecturas siempre había procurado mantenerlas en mi vida activa como algo importante.

Además, me gustan el ensayo y la historia, especialmente las biografías. Y también la novela. Incluso voy releendo autores que ya conocía y me habían gustado; me resulta muy enriquecedor degustar de nuevo a los buenos autores de la literatura universal.

Por unas u otras circunstancias, en mis cincuenta años de estancia en Madrid, hasta ahora, casi nunca había podido disfrutar de la oferta cultural que aquí se nos ofrece. Los museos y exposiciones son otros de los lugares donde voy enriqueciendo mi sensibilidad artística.

Y hay otra experiencia de aprendizaje ante la que tengo que reconocer que me siento agradablemente sorprendido. He descubierto la cantidad de cosas que aprendo escuchando a otros. Yo siempre había dicho que uno de los sitios donde yo más había aprendido era en el despacho, escuchando a las personas en el acompañamiento personal. Ahora es de otra manera: aprendo de los que fueron mis alumnos y ahora son profesionales ya curtidos en la vida profesional. Me encanta escucharles cuando hablan de sus especialidades y de los problemas de la sociedad, vistos desde su óptica. Cuando se lo digo a algunos, no acaban de creérselo; pero es así.

Hay que volver a Cesárea de Filipo

El episodio de Cesárea de Filipo era un texto muy importante en mi labor apostólica, sobre todo con los jóvenes. La pregunta «¿Quién dices que es Jesús para ti?» servía para un ejercicio de reflexión personal sobre la relación con Jesús y abría una exposición sobre el Jesús siervo, el modo elegido por Jesús para realizar su mesianismo. Y de ahí surgía la reflexión sobre el significado de «servir» y cómo realizarlo hoy.

Pero, allá por el año 1999, en mis dos meses en Israel tuve ocasión de visitar Banias, la antigua Cesárea de Filipo, que no suele entrar en los circuitos al uso de las peregrinaciones. Nuestro microbús avanzaba penosamente por una carretera tortuosa, con esqueletos de tanques en las cunetas, con alambradas y avisos de minas... Parecía interminable.

Me surgió una pregunta, un tanto populachera, para nuestro guía Juan Manuel: ¿qué se le había perdido a Jesús por aquellos andurriales? Una respuesta muy simple: iba huyendo. Y desde ahí se me fue iluminando el texto con una dimensión nueva. Un Jesús en crisis, perseguido por los «buenos», que se pregunta por su identidad y su

misión. Y que asume decididamente la voluntad del Padre con todas sus consecuencias. Dicen los evangelistas que decidió subir a Jerusalén y comenzó a anunciar las consecuencias de esa decisión: la persecución y la muerte. Los discípulos lo seguían llenos de miedo.

Pues este texto se ha hecho fundamental para mí de una forma nueva. La enfermedad, la vejez y la jubilación, de una u otra forma, nos llevan a una crisis de nuestra identidad y nuestra misión. Se han roto muchas cosas en nuestra vida, y tenemos que retirarnos a la soledad de nuestra Cesárea de Filipo para rehacer nuestro interior y nuestra vida.

Allí tenemos que encontrarnos a nosotros mismos, redescubrir nuestra misión y caminar decididamente hacia nuestra particular Jerusalén. Quizá descubramos que nuestra misión es la misma de siempre: amar y ser presencia del Señor con nuestra vida. Ser palabra silenciosa para los demás. Lo único que nos cambian son los medios y la situación que utilizaremos en ese caminar.

¿Dónde está tu Dios?, le preguntaban al cariacontecido desterrado del salmo 42, que añoraba su época de esplendor y de gozo en el templo de Jerusalén, allí mismo, en Cesárea de Filipo, a los pies del Hermón. ¿Dónde está mi Dios, hoy? No está en quedarme en Cesárea de Filipo, lamentándome de un tiempo que ya pasó y no volverá, sino en asumir «con decisión» mi nuevo camino a Jerusalén.

Perspectivas para la familia de las nuevas formas de inmigración¹⁴

Mateo González Alonso

La última crisis de refugiados ha llenado los medios de imágenes de familias desplazadas obligadas a emprender el camino de la inmigración. A la vez, la cadena migratoria busca la reagrupación de los miembros separados por los flujos migratorios, los de siempre y los nuevos. La familia, en esta situación, necesita claves económicas, jurídicas, sociales, educativas, culturales... para mantener su propia identidad.

El mes de septiembre del pasado año nos ha dejado dos imágenes que han impactado a la opinión pública y han rescatado, para muchos sectores, el debate sobre la inmigración. Este tema ha estado muy presente en España en los últimos años por las continuas olas de pateras y todo tipo de embarcaciones o incluso los saltos a las ciudades fronterizas de Ceuta y Melilla por parte de personas procedentes del África subsahariana. Esta situación también la han vivido otros países mediterráneos, baste pensar en el caso de Italia y su isla de Lampedusa, situada a poco más de cien kilómetros de Túnez.

La primera de esas imágenes, que extendió el debate del sur al norte de Europa, fue la de un niño, Aylan Kurdi, tendido en la playa de Ali Hoca Bornu, en Turquía. En este enclave encontró su muerte, tras huir de los enfrentamientos y persecuciones que se están produciendo en Oriente Próximo por parte del autodenominado “Estado Islámico”. Esta imagen de un niño de tres años, con una sencilla camiseta roja y un pantaloncillo azul encierra detrás una historia de familia. Tras haber pedido, presumiblemente, asilo en Canadá, esta familia, acompañada de otros refugiados sirios viajaban en una barca hinchable intentando llegar a la isla de Kos. En dicha travesía, que nunca llegó a puerto, fallecieron además el hermano de Aylan, Galib de 5 años, su madre Rihan Kurdi de 35 y un joven de 18 años. Otras dos personas, una de ellas el padre, Abdulá Kurdi, lograron ser rescatadas por las autoridades costeras turcas. Procedentes de la ciudad kurda de Kobane, fronteriza con Turquía, la familia encontró en la huida su única opción. En el ambiente no parece haber otra alternativa, escapar a Europa, ir a Alemania; aunque en el caso de los Kurdi intentan

¹⁴ Revista “Familia” 52 (2016), 85-94.

reagruparse con una familiar residente en Canadá. En la misma noche, del 1 al 2 de septiembre, otras embarcaciones quedaron a la deriva y, en la misma ruta, murieron, entre otros, un bebé de nueve meses, dos gemelos de año y medio y unos hermanos de 9 y 11 años... por citar solamente algunos. El periódico turco “Hürriyet”, citado por todas las agencias internacionales, en esa mañana, muestra la foto y un informe del periodista Celal Özcan, con el siguiente balance: “En 2015, el número de refugiados sirios en Turquía ha alcanzado los 2 millones; en Líbano, con una población de 4,5 millones, hay 1,1 millones. Los 28 países de la Unión Europea, que se encuentran entre los más ricos del mundo, han recibido 338.000 refugiados en los primeros siete meses de este año. La UE, que ha celebrado cumbre tras cumbre para tratar de rescatar a Grecia de la bancarrota, es en cambio incapaz de ponerse de acuerdo sobre los refugiados”.

La segunda imagen que sacude bruscamente la conciencia de muchos europeos, rescatando sentimientos muy enfrentados, es la de la reportera Petra László. Enviada por la cadena húngara N1 a dar cuenta del exilio de refugiados que intentan acceder a Europa a través de la frontera entre Serbia e Hungría, es captada, en la localidad de Roeszke por las cámaras poniendo la zancadilla y dando algunas patadas a algunos refugiados, incluido un hombre que llevaba a su hijo en brazos mientras trataba de huir de la policía fronteriza. Este hombre era Osama Abdul Mohsen y llevaba consigo a un niño de siete años, tras la agresión ambos cayeron rodando por el suelo y los lloros del niño llegaron a todas las pantallas. La reportera fue despedida de su trabajo y, a través de las redes sociales, pidió públicamente perdón por su actitud debida al pánico, según sus propias palabras.

Las imágenes nos han dado acceso a historias que no han terminado con la instantánea. Pasados unos días, el padre de Aylan, Abdulá Kurdi, enterró a su hijo en su ciudad natal, en Kobane. También la madre y el hermano mayor de Aylan murieron ahogados en el Mediterráneo, ellos también ha vuelto a Siria donde Abdulá ha decidido quedarse, a pesar de haber sido invitado oficialmente por las autoridades canadienses. “¿De qué me sirve ahora que me den el mundo entero si he perdido a mi mujer y mis hijos?”, es la pregunta que ha lanzado al mundo desde varios medios de comunicación Kurdi.

En el caso de Osama Abdul Mohsen, su historia se ha difundido ampliamente en España. En Siria era entrenador de fútbol, en concreto del Al-Fotuwa un club de primer nivel que destacó mucho en el pasado. Buscaba huir con su hijo pequeño hacia Múnich para reunirse con su otro hijo, de 18 años. La fatídica agresión ha reunido a la familia en Getafe (Madrid), donde el padre ha recibido una oferta de la escuela de entrenadores del CENAFE. La familia se encuentra inmersa en el estudio del nuevo idioma y hay quien dice que el pequeño al que el mundo ha visto llorar ya piensa en que su sueño de ser futbolista puede ser una realidad en un ambiente más seguro y menos hostil.

He aquí dos historia de inmigración, con rostro de familia y con distintos finales que ponen cara y nombres a la última gran crisis migratoria; crisis que sigue conviviendo con los otras grandes rutas ya habituales y otras latentes que marcan la circulación de personas en el siglo XXI.

1. Las migraciones siempre son familiares

Los casos con los que abrimos este artículo tienen un trasfondo común a la hora de entender las causas que producen la necesidad de emigrar. Y es que las causas son el elemento fundamental a la hora de establecer diferentes tipologías dentro del fenómeno común de las migraciones. De hecho las organizaciones internacionales que se ocupan de las migraciones han evitado hacer una definición universalmente aceptada lo que es un “migrantes”. Lo que generalmente encontramos, en palabras de la Organización Internacional para las migraciones, son una serie de casos en los que la decisión de migrar es tomada libremente por la persona concernida por “razones de conveniencia personal” y sin intervención de factores externos que le obliguen a ello. Traducido a las situaciones más habituales, sería el caso de las personas o familias que van a otro país o región con miras a mejorar sus condiciones sociales o materiales y sus perspectivas personales y familiares.

Entre los sociólogos dedicados a estudiar los fenómenos migratorios, hay acuerdo en que estos movimientos tienen siempre una dimensión esencialmente familiar: muchas nacen en el seno de unidades familiares, se acomodan a los ciclos vitales de las familias, descomponen las estructuras domésticas de convivencia en las que se originan y terminan contribuyendo a la formación de nuevos hogares. Los procesos migratorios son, básicamente, un asunto de familia y que la familia debe ser, en consecuencia, un foco de investigación estratégico del análisis de las migraciones.

Dentro de los migrantes podemos diferenciar, siempre según la Organización para las Migraciones, al cualificado (trabajador que por sus competencias recibe un tratamiento preferencial en cuanto a su admisión en nuevo país y, por lo tanto, está sujeto a menos restricciones de estancia, cambio de empleo y a la reunificación familiar), al documentado (quien ingresa legalmente y cumple el periodo de permanencia marcado en su admisión), al económico (el que busca mejorar su nivel de vida en un país distinto al suyo), el refugiado o quien pide asilo (que huye por persecución o por violencia generalizada o violación masiva de los derechos humanos), el temporero (personas que se establecen fuera de su país de origen por la duración de un trabajo de temporada, como es el caso de las cosechas agrícolas) y el migrante irregular (ingresado ilegalmente o tras vencimiento de su visado, deja de tener status legal en el país receptor o de tránsito, los términos que se aplican a este tipo son muchos: clandestino, ilegal, indocumentado, sin papeles o migrante en situación irregular).

Uno de los elementos descriptivos que nos ofrecía la Organización Internacional para las migraciones puede ser problemático si contemplamos toda esta tipología de inmigrantes que hemos presentado. Y es, ¿hasta qué punto los migrantes económicos o los refugiados, por ejemplo, son fruto de una decisión propiamente libre? Este concepto de libertad requeriría unos matices, pues no se trata solo de tomar la determinación de ponerse en camino hacia un nuevo contexto, sino que esta determinación está llena de condicionamientos y presiones personales y sociales. Tal vez, contemplar este tipo de migración en clave familiar nos ofrezca una perspectiva

que nos haga ver mejor la necesidad y los condicionamientos de emprender un camino hacia una nueva región.

2. Una historia de las migraciones en clave familiar

La preocupación por las migraciones llega a los gobiernos de las potencias occidentales tras la II Guerra Mundial. Es en este momento cuando la ONU crea diferentes órganos de estudio y observación. Es por ejemplo el caso del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, de ACNUR, creada en la Asamblea general de la ONU del 14 de diciembre de 1950 como organismo provisional que esperaba resolver en tres años toda la atención necesaria que requerían el número de desplazados generados por el conflicto.

Tras ese punto de partida, se vio necesaria su presencia más allá del periodo inicial previsto, a todas luces iluso visto desde nuestra situación actual. El foco se fue ampliando a otras situaciones: la huida de refugiados húngaros tras la intervención soviética de 1956, las sucesivas oleadas causadas desde 1960 tras la descolonización de diferentes países africanos, los posteriores desplazamientos en Asia y América Latina o los producidos en Europa debido a la guerra de los Balcanes o los refugiados que están dejando actualmente las zonas controladas por el autodenominado “Estado Islámico”...

Pero la historia de las migraciones es más amplia que las distintas crisis de refugiados y tan antigua como la historia de las civilizaciones. Los pueblos nómadas se articulaban en torno al clan familiar o tribu. Griegos, cartagineses o romanos comenzaron a establecer diferentes flujos migratorios como método para establecer las colonias necesarias como parte del entramado comercial y de provisiones de las urbes. El Medievo, que comienza con un nuevo protagonismo de los pueblos nómadas, los “bárbaros”, contempla grandes procesos migratorios como la expansión del Islam, la evolución del Imperio bizantino o la irrupción del otomano.

El siglo XVI es el comienzo de un tránsito ininterrumpido de personas hacia el Nuevo Mundo que ha protagonizado diferentes olas migratorias. El siglo XIX, con la fuerza de los regímenes de tipo colonial y las necesidades de abastecimiento de materias primas que requería la industrialización provocada por la Revolución Industrial las comunicaciones, también de personas, con las metrópolis es constante.

Hagamos un acercamiento a los grandes movimientos migratorios de los últimos siglos desde una perspectiva familiar. Los antecedentes de las grandes oleadas migratorias comienzan en el siglo XIX, entre 1845-1855, una gran hambruna de Irlanda provocó un millón y medio de desplazamientos, principalmente a Estados Unidos. Los motivos económicos y sociales de esta ola y de las sucesivas como la que lleva a más de once millones de italianos tanto a Norteamérica como a diferentes países de América Latina entre 1846-1932, hacen que estos movimientos los protagonicen familias enteras o quienes buscan fortuna para facilitar la frágil economía de las familias más castigadas por las crisis económicas.

Estas oleadas se siguen sucediendo el resto del siglo. Entre 1846-1876 se produce la primera gran ola de inmigrantes hacia Estados Unidos con 300.000 de irlandeses, británicos, escandinavos, holandeses y alemanes, principalmente. De 1876 a 1976, 24 millones de italianos migran hacia América, Australia y al norte de Europa. Un hecho en 1890, las ayudas económicas que ofrece el Reino Unido para trasladarse a Australia producen más de 600.000 migrantes en un solo año. El trasfondo familiar se sigue manteniendo, aunque en la mayoría de los casos no se trata de éxodos de familias enteras.

En 1900, con el siglo XX, comienzan una serie de ciclos continuados de migraciones hacia América Latina y Estados Unidos, procedentes de Grecia, Portugal, Italia, Polonia, Hungría, España y Portugal. La institución familiar es quien vive en su entraña las consecuencias de los movimientos migratorios.

Las situaciones cambiantes de la política en Europa dejan su huella en materia migratoria. Entre 1933 y 1945, la llegada al poder de los nazis y la II Guerra Mundial deja 340.000 judíos emigrados desde Alemania y Austria y miles de refugiados. En 1939, 465.000 españoles huyen de España durante la Guerra civil tras la derrota del bando republicano. Desde 1939 a 1945, la II Guerra Mundial provoca que más de sesenta millones de europeos desplazados de sus hogares. O entre 1944-1950, la URSS inicia una serie de expulsiones a alemanes que dejan entre doce y catorce millones, con el apoyo tácito de Estados Unidos y Gran Bretaña. Este tipo de inmigración, como la de los refugiados actuales, es necesariamente familiar.

La década de los 50 provoca una serie de movimientos migratorios del sur (españoles, italianos, portugueses, griegos, turcos y yugoslavos) hacia el norte (Francia, Alemania, Reino Unido, Suiza, Bélgica y Países Bajos) de Europa. Nuevamente, los movimientos que se producen son de familias enteras y por motivos sociales y económicos.

En 1956, la represión provocada el 23 de octubre por el Ejército Rojo soviético a los húngaros causó la huida de más de doscientos mil húngaros a Austria. Mientras en España, entre 1959 y 1973, en torno a un millón de españoles emigran al norte y centro de Europa debido al estancamiento y el paro en España. Los movimientos migratorios en Europa siguen, como ejemplo la primavera de Praga de 1968 (como oposición a la dominación soviética) que llevó a la invasión de Moscú y provocó la huida de más de doscientos mil checoslovacos.

Unos años después, en 1989 la caída del muro de Berlín abre la migración de más de un millón doscientos mil personas desde el bloque comunista. Ya en la recta final del siglo XX, entre 1992 y 1995, los conflictos en los Balcanes provocan más de dos millones y medio entre refugiados y desplazados. Pero las cosas no se quedan así, en 1999 el desplazamiento de los conflictos de la península de los Balcanes hacia Albania provoca casi un millón de desplazados a Serbia.

Ya en nuestro siglo, un hecho político, la ampliación de la Unión Europea hacia el este entre 2004 y 2007 y, por lo tanto, su política de libre circulación, provoca un aumento de más de un millón en tres años en los migrantes de los nuevos países.

A estos grandes movimientos de población concentrados en unas fechas concretas se añade el goteo de inmigrantes del África subsahariana hacia Europa y, cada vez más, hacia la península arábiga, también el cruce de fronteras entre Centroamérica y los Estados Unidos... Y, últimamente, las oleadas de refugiados de Siria o todos los movimientos de población asiáticos iniciados en el siglo XX y llamados a continuar, en menor intensidad, en este nuevo siglo.

3. El proceso familiar en la cadena migratoria

Visto el marco histórico, al profundizar en los elementos familiares de los distintos movimientos migratorios una primer fenómeno que encontramos es dicho elemento es generador de una “cadena” migratoria. Es decir que los inmigrantes se encuentran dentro de una cadena que enlaza y prolonga en el tiempo a los familiares de los países de origen con los familiares en los países de destino creando un flujo por el que circulan diferentes recursos, a la vez que alienta nuevas migraciones en busca de una posible reagrupación, ya sea en el país de destino o una vuelta a la zona de salida.

El perfil más generalizado del migrante –excluyendo los casos de migración forzosa por motivos violentos o de otra naturaleza específica como es la situación de los refugiados o desplazados– no puede emprender el camino migratorio en familia. La reagrupación de la familia, de llegar a producirse, es fruto de un proceso iniciado por uno de ellos que, en el caso de tener éxito en el destino migratorio, podrá favorecer una posterior llegada de los familiares más directos. Este proceso implica una ruptura de vínculos producidos por la separación con altos costes emocionales, económicos, culturales y de otros tipos que marcarán la búsqueda, más o menos urgente, de la reagrupación de la familia.

Este proceso tiene incluso implicaciones jurídicas, por ejemplo de cara a la obtención de la nacionalidad. Los procedimientos de regulación jurídica suelen exigir que la persona en torno a la que se da la reagrupación haya completado un determinado periodo de tiempo en el país de destino y que acredite que dispone de medios suficientes para poder emprender el proceso de traer y atender a los familiares que pretende reagrupar.

4. Perspectivas actuales para la familia de la migración

Como podemos observar la migración, y más en este contexto familiar amplio, tiene múltiples implicaciones personales y sociales. Estas se van volviendo más complejas según las circunstancias de cada momento de la historia. Por ello, en este siglo XXI, podemos rastrear una serie de perspectivas a tener en cuenta en un análisis presente y, sobre todo, futuro de la cuestión migratoria.

A partir de los expertos podríamos determinar las siguientes perspectivas:

- La causa más común de las migraciones por motivos no violentos es la *cuestión económica*. Dentro del elemento económico encontramos desde la necesidad de subsistencia a la búsqueda de una promoción laboral mejor o cuestiones tan características de los flujos migratorios como son los trabajos temporeros. El elemento político está marcando las políticas migratorias y regulando los flujos en cada etapa. Además la percepción de la situación económica de un país o región es el mayor reclamo para convertirlo en receptor de inmigración. Este elemento favorece especialmente la migración individual, a la que en caso de éxito sigue en algunos casos la reagrupación familiar.

- Un fenómeno poco apreciado es el acercamiento a la migración como generador de esa “*cadena*” migratoria que hemos presentado arriba. Esta cadena es la que mantiene los vínculos y procesos que implican a la familia, tanto la que emigra en familia como la que vive la separación por la migración de uno de sus miembros.

- La situación jurídica del migrante es una cuestión no resuelta ni por el derecho internacional, ni individualmente por los países tradicionalmente emigrantes ni los países receptores de inmigrantes. Una clarificación jurídica puede dar lugar tanto a “efectos llamadas” como a desplazamiento de zonas receptoras. Esta indefinición se agrava cuando hacemos un acercamiento en clave familiar y no individual a la cuestión.

- Los flujos migratorios están marcados también por *vínculos sociales y culturales*. Determinadas relaciones de los tiempos coloniales siguen marcando los caminos de la inmigración en una gran medida. Esta relación previa no implica necesariamente que haya un favorecimiento de una verdadera *inclusión cultural* del inmigrante que recibe un país o región, muchas veces se potencia una reafirmación de la propia cultura de origen compartida con los otros inmigrantes. Esto se aprecia particularmente en las grandes ciudades receptoras de un alto porcentaje de inmigración en las que las políticas de inclusión se han contentado con la falsa tolerancia o la indiferencia convirtiéndose en lugar de “conflicto y exclusión”.

- La inmigración está afectada por la *cuestión de género*. Vinculado al papel de la mujer en relación a la familia y por lo tanto encasillada dentro de la cadena migratoria. En este sentido las mujeres inmigrantes mantienen el rol tradicional femenino de responsabilidad ante la familia y vincula su inclusión al inmigrar con tareas tradicionalmente vinculadas al rol femenino. Mientras que en las migraciones europeas hay cierto equilibrio entre varones y mujeres, en África y parte de Asia las migraciones están masculinizadas mientras que en Latinoamérica y países asiáticos como Filipinas las migraciones son feminizadas por la demanda de estos “trabajos para mujeres” en los países receptores.

- Uno de los aspectos más preocupantes de la inmigración es cuando esta se da por *motivos forzosos* como es el caso de refugiados y asilados. En este aspecto surge nuevamente la cuestión de los acuerdos internacionales y la ambigüedad en la regulación del derecho de asilo y de los apátridas desplazados por conflictos violentos o de carácter racial, por ejemplo. Es una asignatura pendiente a la que a lo largo de la historia reciente solo se le han dado soluciones provisionales. En estos dramáticos

casos es donde se dan mayores traslados familiares, con las crueles consecuencias que este tipo lleva aparejadas.

- Un elemento actual de desarrollo para ayudar a la incorporación del migrante en una nueva sociedad, a la vez que mantiene los vínculos con su tierra de origen, es el uso positivo de las *redes sociales*. La tecnología y los medios de comunicación pueden favorecer tanto el elemento formativo como el emocional al mantenerlo en contacto con su cultura y con la sociedad de acogida.

- Particularmente específico del elemento familiar de la educación son las *implicaciones educativas*. En los países receptores supone un auténtico reto para las escuelas y sus métodos de convivencia e integración así como las relaciones específicas con las familias. La presencia de inmigrantes, por su parte, ayuda a expandir los objetivos educativos relacionados con la multiculturalidad fortaleciendo nuevos valores en todo el alumnado.

5. Conclusión

Las grandes civilizaciones se formaron gracias a los movimientos migratorios de quienes buscaban un nuevo espacio para convivir y poder sobrevivir. Así, en la Edad Media, unos cuantos pueblos fueron estableciéndose desde el Mediterráneo hasta el Mar del Norte, hoy lo llamamos Europa. La acogida de nuevos pueblos nunca ha sido fácil, ni pacífica. Pero los pueblos evolucionan y pueden abrir nuevos caminos para el encuentro y el desarrollo mutuo desde una firme creencia en las personas. Y es que el mundo va cambiando, y las personas que se siguen moviendo en búsqueda de un nuevo futuro son las que van cambiando ese mundo, especialmente las sociedades que viven la acogida. Esta acogida está en la esencia de la familia.

Apúntate a lo nuevo

*¡Apúntate a lo nuevo!
¿Por qué?¹⁵*

Cándido Orduna, SDB

Verdad, bondad y belleza

Porque no hay más remedio. Así como suena. No hay más remedio.

Tengo que confesar que me produce un cierto cansancio el leer o escuchar con tanta frecuencia que se ha producido un cambio de época, que estamos en tiempos nuevos y que a esta novedad hay que responder con novedad.

Pero ¿qué hacer?

La pregunta se agudiza más y más cuando se afirma, y yo estoy de acuerdo, que **“no estamos viviendo una época de cambios, sino un cambio de época”**.

Porque los cambios los vemos y los notamos a un ritmo muy rápido en todos los campos: sociales, políticos, religiosos.

Las redes sociales han cambiado nuestra manera de comunicarnos que afecta a las relaciones personales. Las nuevas tecnologías surgen a nuestro alrededor a una velocidad vertiginosa. Nos anuncian ya que muy pronto se va a poner fin al envejecimiento y se podrá vivir hasta los mil años. Y para qué seguir. Las novedades las tenemos cada día y al alcance de la mano.

Pero se afirma y lo repito otra vez, que no se trata de novedades, sino de un cambio de época. Esto supone una verdadera transformación del mundo y una nueva manera de concebir la vida, de dar sentido a la existencia.

¿Estamos ya en esta época nueva?

Estos cambios de época no son cambios bruscos de rumbo. Pasan años y años de transición y quizás los que estamos metidos en ellos no nos damos cuenta de la transformación producida, no en la superficie, sino en la profundidad.

¹⁵ Texto inédito para forum.com, a partir de un artículo de la revista “Cuadernos de Formación Permanente”.

Pero es verdad que se ha producido una transformación en la forma de enfocar la vida, en la manera de dar sentido a la existencia... y no podemos ser ajenos a lo que ha sucedido a no ser que nos quedemos fuera de juego, viviendo en un país que ya no existe.

Recuerdo la ilusión con la que se estrenó el Concilio Vaticano II, recibido por muchos como un cambio de época al menos para la Iglesia. Y la comprobación posterior de que con el pasar del tiempo nos íbamos quedando a mitad de camino de lo que se intuía como cambio.

El caso es que, si la Iglesia se ha parado en algo, el mundo sigue su camino... y no podemos estar ajenos a este caminar de la humanidad, sea el que sea. Me dicen que en alguno de nuestros colegios el 20% de los alumnos y alumnas españoles ya no están bautizados, que solo un 2% de los jóvenes se confiesan, que las cosas ya no son como eran.

Si no nos encarnamos en este mundo, y no digo adecuarnos, la salvación para el mundo de hoy no se produce. Creemos en un Dios encarnado, **un Dios con los pies sucios**, metidos en nuestro barro, como dice Juan Pablo Espinosa. (Blog *Cristianisme y Justícia* 2017)

Es verdad, dirá alguno, que hemos cambiado y mucho, pero muchas veces lo que hemos estado haciendo es una adaptación al entorno. Nos hemos adaptado en la vida comunitaria, en la forma de gestionar nuestras obras, en la práctica religiosa... Últimamente se unen inspectorías, provincias religiosas, se crean casas para mayores, se juntan comunidades... Usamos nuevas tecnologías, hacemos cambios de horarios... reuniones y asambleas para afrontar nuevos retos. Tratamos de adecuar nuestras estructuras a una realidad diferente. Y así seguiremos, una y otra vez, pero este no es el cambio que se nos pide, ni tiene nada que ver con un cambio de época. Cuando una casa se prende fuego no hay más remedio que salir, no me puedo quedar dentro... Es que no sé a dónde ir. No sabes a dónde ir, pero desde luego quedarse dentro de una casa en llamas no es la mejor opción.

Bruno Secondin, carmelita, nos sacude con estas palabras: *“La situación actual de la vida religiosa tiene un futuro incierto. Son muchos los que se escandalizan cuando se habla con realismo de la situación actual de la vida religiosa... Quieren fingir y creer que, a pesar de la situación casi apocalíptica en número, fuerza y modelo, el Señor va asegurar un futuro brillante para este tipo de vida. La radicalidad y la profecía tendrán futuro en otros caminos, no lo encontrarán en la vida religiosa. Este modelo tiene poco futuro. Un camino así tiene sus días contados. Esto no quiere decir que si vivimos desde esta clave no encontraremos sentido a nuestra vida, pero podemos intuir con humildad,*

sabiduría y sinceridad, que el futuro será muy diferente. Después del Concilio vino un tiempo de “aggiornamento valiente. Han bastado pocas décadas para encontrarnos sin luz ni profecía. (El espíritu de la innovación VIDA RELIGIOSA-monográfico nº 122)

No se trata de renegar del pasado ni del presente. Nada de eso. El pasado lo hemos de recordar con agradecimiento y valorar en su justa medida. Lo que somos y tenemos se lo debemos al pasado. Hemos de ser agradecidos. Igual que hemos de valorar el presente y estar agradecidos al tiempo en el que vivimos, nos movemos y existimos. Es nuestro tiempo. Y es precioso. Lo que nos ha tocado en suerte vivir.

Pero no cabe duda de que debemos vivir en tensión hacia el futuro y en novedad.

Es más, ahora es cuando merece la pena hacer algo realmente nuevo. Cuando hay oscuridad merece la pena encender la luz y no cuando todo es claridad. Ahora es cuando más se nos puede pedir qué sentido tiene la vida religiosa y a nosotros nos puede resultar hasta más fácil demostrarlo si buscamos caminos fecundos y eficaces. No basta con alabar a nuestros fundadores y nuestros comienzos. Es necesario **andar como ellos nuevos caminos, escuchando las provocaciones de nuestro tiempo y dando respuestas**, como ellos lo hicieron en su tiempo.

Pero me temo que, a estas alturas de la vida, la comodidad nos paraliza. Estamos acostumbrados a una manera de vivir, nos encontramos seguros y confortables y no estamos dispuestos a salir de esta área de confort. Salir de nuestras seguridades, de lo que siempre hemos hecho, pero sobre todo de lo que siempre hemos pensado... Poner en tela de juicio muchas de estas seguridades...Con frecuencia nuestro cerebro es nuestro peor enemigo.

La tentación de la supervivencia, dice el papa Francisco, es un mal que puede instalarse poco a poco en nuestro interior, en el seno de nuestras comunidades. La actitud de la supervivencia nos vuelve reaccionarios, miedosos, nos va encerrando lenta y silenciosamente en nuestras casas y en nuestros esquemas. Nos proyecta hacia atrás en vez de hacia adelante.

Podemos decir que no sabemos a dónde debemos ir, o qué debemos hacer. Es evidente que vivimos un cierto “caos” y una cierta confusión. Cada uno tiene su opinión, su verdad. Y escuchamos una verdad y su contraria. Hemos de aceptar la confusión, pero sin quedarnos en ella.

El nuevo éxodo

En estos días en los que escribo estas líneas estamos leyendo en la Lectura continua de la Misa diaria el libro del Éxodo. Eso de manera especial me ha hecho volver a este tema pensando en que nosotros los religiosos podemos estar tranquilamente en Egipto

y a quienes intentan decirnos que hemos de salir le respondamos: *“Déjanos en paz y serviremos a los egipcios, pues más nos vale servir a los egipcios que morir en el desierto”*.
Ex 14 10

Ojalá fuéramos promotores de cambio. Me gustaría, al menos, que nos plateásemos qué podemos aportar nosotros, como ingredientes a esta transformación que está experimentando el mundo de hoy. Porque el cambio no lo hacemos nosotros. Pero sí que tenemos algo que aportar. Podemos aportar la levadura. Si no hay levadura la masa no fermenta. ¿Qué podemos hacer para que este mundo sea más digerible, comestible, más Reino de Dios?

Esto es lo que mes tras mes me propongo reflexionar en esta sección con cosas que ya sabemos y que no por mucho repetirlas surten efecto, pero que nos podrían estimular a hacer camino.

Siempre tenemos el evangelio de Jesús es portador de novedad, es buena “nueva”. Jesús nos ofrece un manual de vida. No se trata de comprender un cúmulo de palabras, sino de estremecerse con la novedad que nace en el corazón.

Un anciano peregrino, según podemos leer en *La Oración de la rana*, recorría su camino hacia las montañas del Himalaya en lo más crudo del invierno. De pronto, se puso a llover. Un posadero le preguntó: "¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí con este tiempo de perros, buen hombre?" Y el anciano respondió alegremente: "Mi corazón llegó primero, y al resto de mí le ha sido fácil seguirle".

Lo dicho, **apúntate a lo nuevo**.

No tenemos otra salida, aunque mejor será que lo hagamos por convicción.



Lectio Divina

*De la simple curiosidad a la fe completa*¹⁶

El camino de fe de los primeros discípulos de Jesús en el cuarto evangelio

Juan José Bartolomé

Introducción a las cinco lectios sobre Jn 1,19-2,11

El cuarto evangelio abre la crónica del ministerio de Jesús en un desierto, junto al Bautista (Jn 1,19-28; cf. Hch 10,37). Y recuerda que *el discipulado surgió como la primera actuación histórica de Jesús de Nazaret*. En ello concuerda con los sinópticos (Mc 1,2-8; Mt 3,1-12; Lc 3,15-17). Es decir, la tradición evangélica es unánime en presentar a Jesús acompañado de seguidores, mientras estaba predicando el evangelio. Pero diverge al narrar cómo, en concreto, los había llamado a su seguimiento. De hecho, ofrece versiones de las primeras vocaciones tan inconciliables que resulta improbable el pensar en que relaten un mismo suceso (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11; cf. Jn 1,35-51).

Juan sitúa la llamada de los primeros discípulos en un escenario narrativo diferente, con una presentación muy cuidada y una profunda visión teológica. Geográficamente el relato está situado en dos regiones, en Betania al otro lado del Jordán, primero (Jn 1,28), en Caná de Galilea (Jn 1,43; 2,1.11-12), después. Temporalmente, el episodio ha sido distribuido a lo largo de toda una semana (Jn 1,29.35.43; 2,1). Sólo después de salir Jesús del anonimato, al ser proclamado por el Bautista «*cordero de Dios*» (Jn 1,29), se inició un proceso en el que los primeros seguidores, solo llevados de su curiosidad en un principio (Jn 1,38), acabarían por llegar a creer en él (Jn 2,11). Una semana les llevó pasar de la simple curiosidad, yendo a ver dónde vivía, hasta ver su gloria y hacerse creyentes.

El primer grupo de seguidores hizo su ‘camino de fe’, pues, en siete días. Su crónica, que se abre no con una invitación de Jesús (Mc 1,17.20) sino a partir del testimonio del Bautista (Jn 1,29) acabará cuando Jesús, dando inicio a sus milagros, manifieste por primera vez su gloria y sus discípulos crean en él (Jn 2,11). Para encontrar la fe (Jn 2,11), el discípulo ha debido encontrarse antes con Jesús (Jn 1,39). No solo. Ha

¹⁶ Texto inédito para forum.com.

tenido que ir, conducido por Jesús, a una fiesta nupcial, donde ya «*estaba su madre*» (Jn 2,1).

Primera etapa: Testimoniar a Jesús ante de que venga

Lectio sobre Lc 1,19-28

Tras el himno inicial que lo prologa (Jn 1,1-18), el cuarto evangelio se abre, propiamente, presentando la figura de Juan Bautista y su repetido testimonio (Jn 1,19.32). El **primer día** (Jn 1,19-28), el Bautista da cuenta de su misión, en presencia de emisarios venidos de Jerusalén, sacerdotes, levitas y fariseos (Jn 1,19.24). Es su primer testimonio. Aunque fuese un testimonio valiente y válido, no lo dio voluntariamente; le fue ‘arrancado’ por sus inquisidores.

No hay que considerar casual que el Bautista tuviera que reconocer *lo que no era*, antes de decir *a quién hay que esperar*. Tuvo el valor de reconocer que no respondía a las expectativas de sus interlocutores, antes de identificar al que iba a venir y debía ser esperado.

1. Lectura del texto: entender qué dice fijándose cómo se dice

Ya en el solemne prólogo con el que se abre el evangelio se había escuchado la voz del Bautista (Jn 1,15), inmediatamente después de la afirmación central de la encarnación de la Palabra (Jn 1,14). Es revelador que el Precursor entre en escena gritando por vez primera su testimonio tras haberse afirmado que el Verbo se hizo carne. Este testimonio, programático e intemporal (Jn 1,15), ratifica la venida histórica del Logos de Dios («*quien viene después de mi..., era ya antes que yo*») y, al mismo tiempo, define al Bautista como testigo privilegiado de Jesús, y a él subordinado («*Juan da testimonio y grita: “...me ha adelantado”*»).

¹⁹ Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a que le preguntaran:

«*¿Tú quién eres?*».

²⁰ Él confesó y no negó; confesó:

«*Yo no soy el Mesías*».

²¹ Le preguntaron:

«*¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?*».

Él dijo:

«*No lo soy*».

«*¿Eres tú el Profeta?*».

Respondió:

«No».

²² Y le dijeron:

«¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?».

²³ Él contestó:

«Yo soy la voz que grita en el desierto: “Allanad el camino del Señor”, como dijo el profeta Isaías».

²⁴ Entre los enviados había fariseos ²⁵ y le preguntaron:

«Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?».

²⁶ Juan les respondió:

«Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, ²⁷ el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».

²⁸ Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Nuestro texto es, en cambio, el primer atestado ‘histórico’ de Juan (Jn 1,19-28). No es parte de un himno, sino inicio de la narración. Y en ella está bien justificado: el Bautista es sometido a *dos interrogatorios* por parte, primero, de sacerdotes y levitas (Jn 1,19) y de fariseos, después (Jn 1,24). La investigación tiene cierto tono ‘notarial’: se menciona el lugar – designado con precisión (Jn 1,28: «*en Betania, en la otra orilla del Jordán*») –, donde Juan estaba bautizando. Y aunque bautizar era la ocupación que mejor definía a Juan, y el motivo de la indagación promovida por las autoridades de Jerusalén, para el cuarto evangelio el Bautista es, sobre todo – si es que no solo –, el primero (Jn 1,32.34; 3,26; 5,33) de una serie de testigos a favor de Jesús.¹⁷

Su primer testimonio es, en realidad, no querido. El Bautista responde a una doble encuesta, ‘oficial’ la primera, a cargo de delegados de las autoridades de Jerusalén (Jn 1,19.22), menos agresiva la segunda, realizada por emisarios de los fariseos (Jn 1,24). La forma de llevar a efecto la requisitoria, y su motivo, son también diversos; más pesado y centrado en la identidad del Bautista, la primera, escueto y focalizado en la actuación de Juan, la segunda.

En la primera encuesta (Jn 1,19-23) las preguntas, y las respuestas, son breves. Se pregunta para provocar a Juan a que desvele su identidad: «¿Tú, quién eres?» (Jn 1,19.22); «eres tú?» (Jn 1,21). De cuatro, tres son negativas: solo en la primera y en la última, Juan responde con mayor amplitud: no es el «*mesías*» (Jn 1,20), solo «*una voz que grita en el desierto*» (Jn 1, 23). El Bautista, hay que advertirlo, no ‘responde’ en realidad a sus inquisidores, sino que «*confiesa y no niega, confiesa*»; es decir, habla testimonialmente: él no es lo que ellos podrían esperarse o creían que debía ser. Lo único que dice sobre sí, en positivo, es que *realiza la profecía*: es la voz que, gritando en el desierto, prepara el camino al Señor que viene (cf. Is 40,3). El Señor está por llegar, por eso él lo anuncia ya cercano.

¹⁷ El mismo Jesús (Jn 3,11.32-33; 5,31, 7,7; 8,14.18; 18,37), sus obras (Jn 5,36; 8,25), la samaritana (Jn 4,39), el Padre (Jn 5,37; 8,18), las Escrituras (Jn 5,39; 8,17), el Espíritu (Jn 15,26), los discípulos (Jn 15,27), el evangelista (Jn 19,35; 21,24). El evangelista cita a tanto testigo a favor de Jesús porque considera su persona y la misión como motivo de juicio (Jn 3,19, 5,24; 8,15-16; 9,39).

La segunda investigación (Jn 1,24-28) consiste solo en una pregunta y en una larga respuesta. Por vez primera se nos dice que Juan bautizaba. Y precisamente, esa actuación es la que viene cuestionada: «¿porqué bautizas?» (Jn 1,25). La motivación que aducen los inquirientes resulta comprensible, pues si ni del mesías, Elías, o del profeta se esperaba que bautizaran, mucho menos se podía esperar de otros: «¿porqué, pues, bautizas, si no eres...». En su respuesta Juan no entra en la discusión; no aporta razón alguna, *se limita a explicar lo que hace*. Bautizar con agua es sólo el anuncio de «*otro, que está entre vosotros*»; «*ha llegado después de él*», pero es mucho más digno que él (cf. Jn 1,26-27).

La confesión de Juan no es suficientemente clara para identificar a Jesús, quien aún no ha aparecido en el relato. Pero es rica en noticias sobre él. Es, sobre todo, valiente: ha confesado, y no negado, que él no debe ser esperado. La entrada en el mundo de los hombres del Verbo encarnado va precedida de testigos que la anuncian renunciando ellos a satisfacer las expectativas de sus contemporáneos. ¡Flaco favor hacen al Señor que está por llegar quienes ocupan los corazones que solo debe llenar, y las ilusiones que ha de cumplir, quien ha de venir!

2. Comprender el texto: aplicar lo que dice a la propia vida

Fiel a la tradición, el cuarto evangelio abre la crónica del ministerio de Jesús con la figura del Bautista. Llama la atención, no obstante, que reduzca su función a mero testigo de Jesús. El Bautista aparece en el relato para que pueda ser interrogado por los judíos (Jn 1,19.22.25), que en el evangelio representan el mundo hostil al enviado de Dios (Jn 2,18; 5,10-18; 7,1.13; 9,22).

La persona del Bautista y su predicación habían llevado la división al pueblo (cf. Lc 3,15; Mc 11,30; Mt 11,18). El Bautista se ve, por así decir, **obligado a dar testimonio** (Jn 1,20-21.23.26-27; cf. 1,6-8) por la presión de gente hostil o incrédula. Aquí no presenta de 'su evangelio', esa severa petición de conversión de vida y anuncio del reino de Dios que lo caracterizaba (Mt 3,2.7-12; Mc 1,2-8). No habla de Dios, ni de su venida; habla de sí y de lo que hace. *Dar razón de la propia fe es el modo de preparar el advenimiento de Dios. Difícilmente Jesús podrá ser identificado, primero, y después seguido, si no ha sido precedido por testigos. No se sabrá de él, si no se habla de él.*

Antes de que apareciera Jesús, estaba el Bautista en acción. Antes del evangelizador, vino el testigo, «*para que todos creyeran por medio de él*» (Jn 1,7): la voz en el desierto (Jn 1,23) precedió la llegada de la Palabra a los hombres (Jn 1,14). *Silenciar las voces que nos hablan de Dios, de su voluntad de encontrarnos, no prepara al encuentro con su Palabra. La ausencia de testigos puede – ¿puede sólo? – estar haciendo inútil la voluntad de cercanía de Dios.* Se necesitan testigos que con su vida y su actuación (Jn 1,23: «*gritando en el desierto*»; Jn 1,26: «*bautizando con agua*»), mejor que con sus palabras, confirmen la presencia de Cristo Jesús entre los nuestros, por ellos aún no encontrado, por desconocido. Y desconocido, porque no presentado: «*en medio de vosotros está uno que no conocéis*» (Jn 1,26). Y nosotros, ¿qué estamos haciendo?

Una pregunta, que abre el interrogatorio (Jn 1,19: «¿Tú, quién eres?»), ha provocado el testimonio. El testigo ha de *dejarse cuestionar personalmente*. Así podrá ‘escuchar’ las preguntas, por impertinentes o inesperadas que sean, de su pueblo para desvelar en ellas la pregunta más fundamental por su Señor. Juan, además, tuvo el coraje de no identificarse con las esperanzas, ni siquiera las mejores, de su pueblo: no era el mesías (cf. 2 Sam 7); no era Elías (Mal 3,1-3.23); no era el profeta tan esperado (Dan 18,15). Era claro que no podía identificarse con el mesías ni con el profeta, pues ambos títulos están reservados en exclusiva a Jesús en el cuarto evangelio. No es evidente, con todo, el motivo por el que niega ser Elías, ya que su forma de presentarse en público lo recordaba (Mal 3,1-2; cf. Mc 1,2; Mt 17,11-13). Juan es lo suficientemente valiente como para no satisfacer los deseos de salvación que nutren a su pueblo, algo que sólo compete al Enviado de Dios.

Su misión, y él lo sabe, no consiste en realizar esperanzas, sino en gritarlas. No las cumple, las amplía. Sin satisfacerlas, no permite que caigan en el olvido y, a gritos, las recuerda. Su palabra es **memoria de las promesas por cumplir de Dios**. Su actuación no realiza el juicio, lo declara inminente (cf. Is 40,3). Como testigo que es, el Bautista se presenta, simplemente, como «voz di uno que grita en el desierto» (Jn 1,23), la voz, que no la Palabra (Jn 1,1). Habla en el *deserto* a algunos, su predicación no llega a todos, pero no por ello deja de ser lo que ha sido enviado a ser, voz en el desierto que anuncia la llegada del enviado de Dios (Is 40,3).

El Bautista no centra la atención en sí, sino en otro, el que ha de venir. *Su ministerio cumple, no las expectativas del pueblo que vivía sin Dios, sino la profecía, es decir la palabra empeñada del Dios que se había declarado a su favor*. Para atestiguar al Jesús ausente, el testigo *no debe presentarse a medida de las esperanzas – incluso las mejores – de su pueblo; ha de gritar la palabra de su Dios, recordando al pueblo – ¡y a Dios! – que Dios aún no ha cumplido lo que prometió. Quien tiene como misión adelantarse al Jesús que está por llegar, debe identificarse hoy con la Palabra de Dios y no responder – mejor sería decir responder que no – a las expectativas y pretensiones de sus oyentes. Quien se dedica a colmar los deseos del mundo no es testigo del Dios que viene*.

La triple negación justifica una ulterior pregunta, ahora de los fariseos, sobre lo que está haciendo: «*porqué, entonces, bautizas?*» (Jn 1,24). Del interés por su persona pasan los interrogadores a pedir explicación por semejante praxis. Responde que su bautismo con agua (Jn 1,26) no es todavía ‘tiempo de salvación’, pero que está ya *señalando su presencia*: al que está por identificar «*vive ya en medio de vosotros*» (Jn 1,26). Testigo de Dios se llega a ser porque, y cuando, se anuncia su presencia a quienes no la han advertido.

Habría que preguntarse si nuestra práctica pastoral anuncia a quien, aún desconocido, está ya entre nosotros. Habría que preguntarse si podemos ser sus testigos si apenas percibimos su presencia en nuestro mundo. ¿A quién vamos a anunciar si no lo hemos encontrado? Más aún, el testigo se sabe indigno de prestar cualquier servicio, incluso el más humilde, «*al que viene detrás*» (Jn 1,27). El testigo de Jesús no es Jesús, ni lo suplanta. Porque lo espera, lo anuncia; y lo identifica sirviéndole con humildad. Por último, algo que debe hacernos pensar: quien anuncia a Jesús, como el Bautista un día, no siempre acaba siendo su seguidor. Pero recibe su salario y queda colmado de

dicha: «*se alegra*», al escuchar la voz del esposo; pues sabe que su hora ha llegado, la hora en que el amigo debe menguar y el esposo crecer (cf. Jn 3,29-30).

3. Orar la Palabra: Conversar con Dios para que convierta nuestro corazón

Antes de venir a tu casa y a los tuyos (cf. Jn 1,11), te hiciste anunciar por Juan Bautista. Si viniste a los tuyos porque quisiste, sin que nadie te lo impusiera, ni aconsejara siquiera, ¿por qué tuvo que precederte quien diera testimonio de ti? ¿Por qué has de ser anunciado antes de llegar? Me sorprende, Señor, que sigas necesitando de testigos para hacerte presente entre nosotros. ¿Por qué te empeñas en tener precursores que anuncien tu llegada antes de hacerte presente? ¿No será que sigues sin estar seguro de encontrar acogida en este mundo, como ya te ocurrió la primera vez?

Hazme tu testigo, Señor, y cuanto antes, para que puedas llegar cuanto antes a mi mundo y a los míos. Que no me importe vivir en un desierto, como el Bautista, si es el precio que he de pagar por dar testimonio de ti. Aunque, bien mirado, no lo entiendo bien: ¿por qué, si tú quieres habitar entre los hombres, y en ellos, tendría yo que habitar el yermo, inhóspito y solitario? ¿Por qué tus testigos han de gritar en desiertos, si tú piensas frecuentar lugares habitados? ¿Por qué he de escoger la soledad, si tú, cuando vengas, vas a preferir vivir acompañado? ¿O es que impones una carga a tus mensajeros que tú no vas a asumir? No me parece muy lógico. Pero lo acepto: el desierto en este mundo es el lugar de tus precursores y de su testimonio.

Hazme tu testigo, Señor, y dame la valentía de afrontar a quien me cuestiona con sencillez y verdad. Que no abandone mi tarea, anunciar tu llegada, solo porque no se entienda lo que hago, o no se quiera oír cuando digo. Que mi misión no dependa de la acogida que encuentre sino de la disponibilidad a acogerte que despierte entre quienes me escuchan. Que me deje cuestionar y no me sepa mal no ser comprendido, con tal de que tú seas más esperado. Que no me promocione con mi testimonio; que todo lo que diga o haga anuncie tu cercanía inmediata, tu próxima venida. Saber que vendrás dará fuerza y credibilidad a mi testimonio.

A veces, lo reconozco, me fatiga anunciarte, porque no te haces enseguida presente. ¿Para que anunciarte próximo, si al parecer retrasas tu llegada? Me cansa la soledad en la que vivo cuando proclamo que has de venir, y no te veo llegar. Me cuesta decir que ya estás de camino. ¿Por qué tengo que gritar que vendrás, si no te conozco? ¿Cómo poder anunciarte, si no te he encontrado?

Envíame a gente que me pregunte, mándame a quien me urja a dar testimonio de ti. Que me sienta forzado a hablar de ti, cuando pidan razón de lo que estoy diciendo o haciendo. Que pueda hablar de quién soy en realidad porque anuncio que eres tú el esperado, quien estar por llegar. ¿Cómo vas a ser identificado cuando vengas, si nadie anuncia tu llegada? Soportaré el desierto y aguantaré ser cuestionado, si me aseguras que estás viniendo a nuestro lado. Mi testimonio será más convincente, cuando me

deje preguntar por lo que hago y por quién lo hago. Además, acogiendo las preguntas, malévolas o inoportunas, de quien me cuestiona, podré hablarles de ti; así me liberaré de su interés por mi persona o mi actuación y lo centraré en ti, en tu próxima venida.

Me lo pones fácil. Tus testigos, como el Bautista, no tienen que satisfacer las expectativas de sus oyentes; no necesitan conocer sus mejores deseos. No me he de conformar con lo que esperan de mí los que me escuchan; he de identificarme con lo que quiere de mí quien me ha enviado. Tus testigos, Señor, se funden con tus promesas, prestan su voz a tu Palabra. ¡Qué mejor suerte puedo desearme si no debo afanarme por contentar a quien me cuestione, si solo he de dar palabra a tus promesas! Si lo que debo anunciar, en tu ausencia, es que vas a venir, no me debe importar lo que piensen los demás de mí, sino lo que tú esperas. No son sus esperanzas, sino tu voluntad, lo que he de cumplir, si quiero ser tu fiel testigo.

Me quitas un grande peso de encima, Señor. Ser «voz que grita en el desierto» (Jn 1,23) no me impone más que responder por ti, no sobre mí, anunciarte a ti, dejando yo de interesar a nadie más que a ti. Ser tu testigo me libera de la preocupación por el qué pensarán de mí los que me escuchan y me centra en recordarles que es lo que tú les has prometido, es decir, lo comprometido que estás con ellos, si es que te esperan. Identificando vida y misión con tu promesa aún no cumplida, tu Palabra resonará de nuevo en el mundo, que sabrá que lo quieres convertir en tu hogar (cf. Jn 1,11).

Heme aquí, Señor, dispuesto a precederte, para que puedas adelantar tu llegada; preparado para habitar desiertos, para que puedas visitar ciudades (cf. Mc 1,21.38; Jn 2,1.11); pronto para responder a quien cuestione mi misión, con tal de que no dude de tu venida; capaz de gritar tus promesas y dar voz a tu Palabra. Tú, que estás viniendo, y el mundo, que está tan falto de ti, me necesitáis. Hazme tu testigo.

► El anaquel

8 consejos para mejorar la contemplación en tiempos de WhatsApp

Juan Carlos Vásconez [@jucavas]

Desde hace unos años la tecnología vertebra la vida de los hombres y mujeres. A todos se nos plantea el reto de convivir con ella y encauzar positivamente su uso, para que nos ayude a desarrollarnos como personas y no se convierta en muro que nos aisle de Dios o de los demás.

Dice el *Catecismo de la Iglesia* que el corazón humano es la morada donde yo estoy, o donde yo habito, el lugar de la verdad, del encuentro y de la Alianza¹⁸. Es en el corazón donde tiene lugar aquella comunión con Dios y con los demás que constituye el fin del hombre, y de la cual deriva la integración lograda de la persona, en su cuerpo y en su espíritu. Para que el corazón permanezca libre y abierto a Dios necesita desligarse de ataduras terrenas, hilillos sutiles¹⁹, apegos mundanos, fuerzas que lo insensibilizan y aletargan.

La libertad de corazón es una gracia de Dios que podemos pedir en nuestras súplicas, pero también es un bien que cabe buscar con nuestro deseo eficaz y con nuestro esfuerzo: procurando que los afectos, las potencias y los sentidos estén cada vez más atentos al Señor.

Esa libertad y dominio interior no es algo automático, sino que se obtiene a través de la repetición de actos positivos. Es como una gimnasia el espíritu que nos lleva a vivir desprendidos de los bienes que utilizamos. En este sentido, también es normal que el cristiano se pregunte cómo hacer para que la tecnología no se convierta en ligadura, para que el corazón no se apegue en exceso, para que su uso sea ordenado. En ocasiones, quizá convendrá regularlo, para que pueda ser santificado.

A medida que el desarrollo de la sociedad ofrece nuevos medios técnicos para realizar un gran número de actividades, resulta liberador que el espíritu de desprendimiento se encarne en manifestaciones también nuevas. En esto se reconoce un alma prudente, una persona que por estar pendiente de Dios tiene facilidad para descubrir en situaciones nuevas lo que conviene y lo que no.

¹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*. n. 2563.

¹⁹ San Josemaría, *Camino*, n. 170.

Concentrarse para rezar bien

Concentración es el estado de la persona que fija el pensamiento en algo, sin distraerse. Algunos se quejan de que cuando comienzan a rezar, al poco tiempo, su mente se va a otro lado. Y es que rezar exige una cierta disciplina, dominio sobre nuestros sentidos y facultades; en definitiva, para rezar debemos concentrarnos y para concentrarnos debemos disciplinarnos.

San Carlos Borromeo advierte al sacerdote que para rezar bien tiene que prepararse. Si no, cuando va a salmodiar o a celebrar la misa, le acudirán a la mente mil pensamientos que lo distraen de Dios, “pero éste, antes de ir al coro o a celebrar la misa, ¿qué ha hecho en la sacristía, cómo se ha preparado, qué medios ha puesto en práctica para mantener la atención?”²⁰ Si queremos concentrarnos para rezar tenemos que proteger esos momentos y asegurar una mínima preparación.

Las personas que tienen vida interior procuran encontrar un justo medio entre el “mundo rápido” de la hiperconectividad y el “mundo lento” de la contemplación. Los dispositivos digitales de hoy en día tienen la ventaja de permitirnos estar continuamente conectados, pero esta condición -en sí mismo positiva- también se convierten en distractor, pues reclama constantemente nuestro interés. Por eso, cada uno debe decidir qué merece la atención y cómo encontrar ese justo medio.

Una sana dieta digital favorece la adquisición de virtudes como la paciencia, la constancia, la sencillez, (...): el temple de la santidad. También puede evitar estados innecesarios de tensión, inseguridad o aislamiento.

Consejos prácticos

Algunos consejos que pueden ayudar a tener el corazón más libre y favorecer la concentración para rezar mejor:

1 Tomar las riendas de la vida digital. Casi todas las posibilidades que me ofrecen las tecnologías digitales son buenas, pero no todas me convienen. Es saludable tomar algunas pequeñas decisiones que nos ayuden a preservar la atención para las cosas más importantes. Decidir qué aplicaciones debo usar y qué sitios web seguir, puede generar un impacto sorprendentemente poderoso en el aprovechamiento del tiempo.

2 Menos, es más. Desactivar alertas digitales innecesarias. Anular las notificaciones de mensajes, correos y nuevas interacciones. No instalar en el Smartphone juegos o redes sociales para rellenar los tiempos muertos o para evitar “matar el tiempo” delante de la pantalla.

²⁰ San Carlos Borromeo, *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, Milán 1599, 1177-1178.

3 Saber escoger una forma de hacer las cosas y aprovecharla: Cuanto mayor sea el abanico de oportunidades para realizar una determinada tarea, más difícil será escoger a qué prestar atención en este momento. Escoger bien las apps que se instalan, evitando duplicidades y solapamientos.

4 Que no te quite el sueño. Comprar un reloj alarma y cargar los dispositivos electrónicos fuera de la habitación, reduce la tentación de revisarlo por la noche o a primera hora de la mañana. También puede resultar conveniente instalar un App como *Quality Time* para tener un horario automático de desconexión por la noche y reconexión por la mañana.

5 Orden con las Redes sociales. Tener un tiempo de uso diario máximo para cada red social, que no ocupen todo el tiempo libre. Es importante leer libros, consumir contenidos más profundos que normalmente necesitan más tiempo para su abstracción, respetar los tiempos en que estamos cara a cara con nuestros amigos y familiares.

6 Respetar el silencio. Durante nuestros momentos de oración, Santa Misa, Rosario utilizar el modo avión o simplemente dejar el Smartphone fuera del recinto donde estamos rezando.

7 Cuidar las comidas. Evitar utilizar dejar a la vista los dispositivos digitales durante las comidas ayuda a mantener la conversación y a cuidar el ambiente familiar. Revisar información o responder mensajes en la mesa se está convirtiendo en un signo de falta de educación²¹.

8 Acudir a la Virgen. Finalmente, siempre tenemos el recurso a la Virgen, para pedirle que podamos adquirir esa vida contemplativa, para seguir su ejemplo y atesorar las cosas importantes, reflexionando sobre ellas en el corazón²².

²¹ Cfr. Pew Resaech Center, *American Trends Panel survey*, 30 de mayo del 2014.

²² Cfr. Lc 2,19; Lc 2, 51.



La levedad de los días

7 de septiembre de 2017

El sabor de la felicidad

Este paseo mañanero e institucional me ha mostrado que la cocina, como la vida, suele mezclar exigencias y satisfacciones. Los artistas de los fogones, o de la existencia, nos han enseñado a masticar, a saborear y a digerir lo que hemos comido. ¡Todo un descubrimiento! La vida y la felicidad se aderezan con condimentos parecidos. Porque la felicidad, como un manjar exquisito, se prepara, se cocina, se sirve. A poner en funcionamiento el chef del corazón para hallar la receta oportuna, condimentar la historia de cada día y regalar la alegría de servir. O sea, que la felicidad hay que prepararla, cocinarla y mimarla a la hora de servir.

La felicidad no se relaciona con un golpe de suerte o con una disposición innata; no se va a la caza de ella, se conquista como el amor. La felicidad va asociada al esfuerzo de cada día, al trabajo por hallar su rumbo exigente. Nacemos para ser felices, pero nadie nos regala la felicidad. Es un arte que se aprende, que se trabaja, que se recrea. Nada se consigue sin esfuerzo personal, sin preparación. La felicidad conseguida en el esfuerzo tiene otro sabor, frente a tantos saberes que no saben a nada o que dejan mal sabor de boca.

Como la felicidad es un arte en compañía necesita ser preparada, conquistada y aderezada convenientemente. Nunca seremos felices en solitario; tenemos que dejarnos acompañar de otras personas que, por caminos semejantes a los nuestros, son expertos en buscar la felicidad. Porque la felicidad es también un arte de experiencia. Esto te llevará a descubrir que la felicidad se encarna en la vida de cada persona de modo diferente. Por eso, para cocinar la felicidad será bueno “hacer lo que él os diga”. Saborea el gozo de la inmensa compañía, del tener compañeros de camino.

La felicidad exige abrir bien los ojos; aquello de que “la comida entra por los ojos”. La cara de la felicidad se mezcla con el servicio. “Quien quiera ser el más feliz entre vosotros que aprenda a servir”: por eso, no es de extrañar que muchos “le hayan reconocido al partir el pan”. Estamos hablando de la alegría de servir, del darse; esa alegría que precisa ser aireada, conocida, experimentada. Que quienes te rodean sepan lo que te hace feliz o desdichado. Solo una vida que se entrega produce felicidad; solo una vida de servicio es camino para la verdadera felicidad. Cuentan que alguien por servir entregó su vida.

El sabor de la felicidad se halla en una vida que tiene como condimento el trabajo, la solidaridad y el servicio. Vamos a ejercitarnos en estas habilidades. El sabor de la vida es el sabor de la felicidad, o viceversa. Hagamos juntos, como inmensa compañía, el camino de la vida, el camino de la felicidad.

Isidro Lozano²³

²³ Texto inédito para forum.com.



Queridos amigos:

Este conjunto de papeles que tienen en las manos son un sencillo instrumento que desde las Delegaciones de Formación y Comunicación Social promueve a diáspora con una finalidad muy abierta. Pueden ser leídos en comunidad, pueden ser utilizados por algún hermano que está interesado en esta temática, tal vez ser empleados en las clases. Los usos pueden ser muy diversos.

También saca con una configuración abierta, no determinada. *Parapenteo* puede llegar a ser lo que desde las comunidades se quiera que sea. En este artículo los autores relacionan, escriben, se de interés para bagas, llegar las producen estas. Contará siempre de Ofrecemos una formación, otro sobre finalmente, un retro algunos sección bibliografía y los artículos que necesariamente siempre afectará interés.



la palabra para que artículos que pueden los hermanos nos impresiones que páginas, etc. tres elementos. artículo sobre comunicación social, y de cada uno. En presentaremos también directores de internet, brindaremos no serán originales, pero una cierta novedad e

Ninguno de estos seguros, merecen una suplantar la direcciones y diversos acciones de aquellos instrumentos que juzgan necesarios y convenientes para sus comunidades y grupos. Se trata simplemente de facilitar campos de búsqueda, de proporcionar nuevas e interesantes de referencia.

Porque siempre es un instrumento que es diligido, como diría el poeta, a la "tenazas minucia". Recibir un cordial saludo.



LA POBREZA NOS INTERPELA

Tradicionalmente el mes de noviembre lo dedicamos al tema de la pobreza. Afiliado algunas nos prepara un reto que sirve como telón de fondo para la reflexión comunitaria. Con frecuencia también en este mes hacemos el llamado "recrutamiento de la pobreza". Siempre es una buena ocasión para cuestionarnos sobre este aspecto tan importante de nuestra vida. Con todo, de la pobreza sólo hablan los ricos, porque los pobres lo único que quieren es abandonar su cuanto crista.

La pobreza hoy en revistas, en los chicos que no se estudia, que motivación que estructurando de cariño. A ellos ura parte nuestros fueros obras sean centros Oratorio salciano que evangeliza, excusa la vida, y patio como amigos y 4)).



nuestros ambientes diferentes. Son esos centran en el carecen de tienen un lugar que no han gozado tenemos que dedicar importante de para que nuestros accedemos como el de siempre: "casa parroquia" que que encontramos hacia donde encontrarse pasarlo bien" (Const.

Con el mismo remedio a esos otros realmente viven vida dura, alide (o equando) nuestras Fronteras, los chicos de la calle, esos chicos que no atienden a razones, que las reflexiones que surten efecto con otros no lo hacen con estos; que el niño de la calle lo que mejor que entiende es el palo; que la amenaza de llamar a sus padres a de expulsión del colegio les deja indiferentes e incluso les alegra; y que las actas, el aprobar en junio o el repetir curso, los resulta tan lejano que es lo mismo que hablarle a una pared" (Agustín Bueno Bueno).

Pongamos en esta reflexión mucha ilusión y mucho cariño,



ÁNIMO, VENGA, ¡FELIZ NAVIDAD!

Se aproxima la Navidad y, con ella, la primera hora de nuestro Capítulo Inspeccional. Esperamos que este número publicado de la Navidad pueda contribuir y significar una profunda y sana reflexión de nuestra rica comunidad. Que el acontecimiento de la Epifanía nos ayude a renovar nuestra fraternidad, el testimonio vocacional de la misma y una presencia cada vez más significativa en el mundo juvenil.

En este número de Forum.com nos encontramos un retrato. Este mes de diciembre corresponde a la Comisión de Acción Social (Organización) de la Inspección. Esbozar el retrato que se va a imprimir en las diversas zonas de la Inspección. Ésta es la invitación.

Excmo. Sr. Director, en primer lugar, un saludo de la última carta del Beato Mayor: "En el tiempo favorable" (CCO 373 octubre diciembre 2000), que puede ayudar bastante en la preparación del Capítulo Inspeccional, en la medida que indica algunas pautas de trabajo para que cada comunidad pueda ser referente vocacional. La sección de los vocados Juergo Barrios, a quien le agradecemos su generosa aportación.

Inespero también, con vistas a preparar el Capítulo Inspeccional, un artículo de Eklín Amago sobre la utopía de una nueva rica comunitaria, el tipo de comunidad que soñando podría ser la respuesta para la nueva evangelización.

He aprovechado también la circunstancia de que el Papa Juan XXIII fuera beatificado un sacerdote para recoger dos artículos relativos a su figura. El primero, tomado de Copeland Puelmo, nos habla de la experiencia del Pontificio en el campo de la comunicación social. El segundo, de Roberto Alvarez, del apostolado en el país, sigue la figura del Papa, a la vez que nos juzga acertado el modo (a oportunidad y la fe) de la beatificación.

Puede que algunos artículos os sean conocidos, pero la modesta aportación que os presento con Forum.com sea así para ser escuchada y mejorada.

Termino deseándole una Feliz Navidad. Le hago con una bonita bendición irlandesa: "Que los ángeles se abran a nuestro encuentro que el sol brille templado sobre nuestro rostro que la Buena noche suene en los campos que el viento suelte a nuestro escape. Y que durante el año que comencemos, y toda nuestra vida, Dios nos "enga en la palma de su mano". Feliz Navidad.



TIEMPO PARA VIVIR LA FE

Estamos finalizando la Cuaresma y buenas dicha o nos buenas cuando de escribir que ésta es un camino que conduce a la Pascua. Teológicamente es cierto. Lo importante es la vida. Sin embargo, algunos MCS (particularmente la publicidad) nos está clarificando esa meta: al final, las vacaciones. Las vacaciones de Pascua serían un tiempo en el cual cabe de todo. Aquí comenzaría la interpretación (la enseñanza) de esta imagen no excesivamente sencilla: tiempo para el amor. Tiempo para practicar deportes náuticos, tiempo para realizar nuestras actividades preferidas, para ir a las posesiones... Y Jesús, el Nazareno, sobre las aguas? (Mc 6, 43-52). Esto exige a la vida abierta a nuestra capacidad de interpretación.

"El único camino para la paz es el perdón" —nos ha dicho Juan Pablo II en esta Cuaresma—. Demos a la paz esa oportunidad que merece, entriquezamos nuestras relaciones humanas, ya que sólo así habrá una renovación social auténtica y la paz en el mundo se consolidará. Estas actitudes de perdón y misericordia son un fruto maduro de la fe. ¿Por qué no atrevemos a dar la vuelta al "Salgado"? Sea cual sea la actividad que realizamos esta Pascua, siempre para vivir la fe a través del perdón, la reconciliación y un testimonio coherente de ecuanimidad y solidaridad.



TRABAJO Y TEMPLANZA



Noviembre es el mes dedicado a la pobreza. En estos días habéis recibido materiales para reflexionar sobre la misma en comunidad. En nuestro espíritu salciano la pobreza siempre se ha vivido con el rostro de "trabajo y templanza". El art. 72 de nuestras Constituciones pone de relieve tres rasgos significativos de la vida de Jesús: nació en la pobreza, vivió en la privación de bienes y murió desahogado en una cruz; y señala en el tercer punto algunos modelos concretos de esa pobreza a la que invita el Señor al joven rico: los Apóstoles. Los Apóstoles habían recibido de los misterios labios de Jesús una invitación a dejar sus bienes terrenos, a desprenderse de la familia, para seguirlo en la misión de anunciar la Buena Noticia de Reino. Partiendo de este testimonio apostólico las Constituciones nos subrayan tres aspectos importantes para el salciano: libertad interior ante los bienes terrenos, confianza en la provisión del Padre, dedicación plena al servicio del Evangelio. Creo que estos tres aspectos son clave para la vivencia de nuestra pobreza. Aquí tenemos un tercer clave para returar durante este mes de noviembre, este precioso mes otoño, que tiene tantas resonancias para nosotros.



¡Qué bonito sería...!



OPERACIÓN "ESFUERZO"



Todas las MCS se han hecho eco durante el pasado curso de la Operación "Trabajo". Algunos afirman que ha sido el acontecimiento televisivo del año. Y no hay nada que objetar. Puede ser... Pero a marcos el hecho es que nos sujeta algunos interrogantes. ¿A qué se puede objetar un hecho tan "claro"? Naturalmente, se pone en evidencia el poder de los medios. Y nosotros, ¿podemos hacer algo para entusiasmar a nuestros jóvenes de un modo semejante con todo lo que llevamos entre manos? Sea cual sea la respuesta, tenemos iniciado otra operación, la de todos los cursos, que nosotros vemos a ampliar: Operación "Esfuerzo". ¿Puede?



DON Y REGALO: Elogio de Rubén

Se acercan las Navidades, se acercan unas fechas que tienen para todos nosotros una resonancia especial. Uno de los protagonistas de estas fechas son los regalos. Ciertamente, que esa realidad del regalo se puede vivir de una manera alternativa. Un cuento de Navidad de Bruno Ferrero puede ayudarnos a reflexionar: "Cuando finalmente llegaron ante el Rey niño, los tres Magos se arrodillaron y ofrecieron sus dones. Después fueron invitados los pajes. El primero dio al Niño un beso, el segundo un ramito de flores del campo. Cuando llegó su turno, Rubén tenía los ojos llenos de lágrimas y, mientras alargaba los brazos para dar a entender que no tenía nada que regalar, una lágrima cayó sobre su mano vacía. Con inmenso estupor, todos vieron al Niño despertar, poner su manita en los del paje y estrechárselas. Después el Niño sonrió y el paje abrió su mano. La lágrima se había transformado en una perla que llenó de resplandores la estancia. Y en el cielo los ángeles se pusieron a cantar" (B. FERRERO, *Historias de Navidad*, CCS, Madrid 2002, 124-5).